



La  
Canibal  
del  
Duero

D.J.57

# **LA CANÍBAL DEL DUERO**

Ambrose Mayor Duomo

Todos los derechos reservados

## ÍNDICE

### LA CANÍBAL DEL DUERO

Degüello

La tortuga

El león marino

Falta la cabeza

Elliot

El clavicordio

Me dedico a esto

# **LA CANÍBAL DEL DUERO**

## Degüello

El clavicordio debe ser un instrumento satánico, sin duda. El psiquiatra está poseído, machaca las teclas echando el peso de su nervioso cuerpo sobre ellas, y... -Fina gira el cuello-, ¡sí, la sirvienta está tras ella, lo sabía! Inmóvil, acechante, con los ojos cerrados, pero olfateando el miedo; ve con extraordinaria claridad el movimiento de las aletas de la nariz, los movimientos reflejos de los labios incapaces de contener su afilada dentadura; lo ve como si tuviese un zoom que le permita contemplar el detalle de la criatura infernal.

Suelta los últimos porrazos, y el psiquiatra se vuelve hacia ella con el metrónomo y su implacable tac tac tac. No se había fijado en la punzante punta, pero sin duda sería capaz de atravesarla.

- ¡Ayúdame, rápido! -ordena a la sirvienta.

Ésta, silenciosa, obedece la voz de su amo. Debe reaccionar, pero se siente terriblemente pesada. Intenta coger la pistola con sus torpes manos que la dejan caer bajo el sofá; de todas formas, no hubiese sido efectiva. ¡Una estaca, una estaca podrá con estas criaturas! Es su única oportunidad, y con ese pensamiento consigue impulsarse lanzando un grito que le sale del estómago. Salta por detrás del respaldo esquivando con agilidad a la obediente sirvienta, que se ha visto sorprendida; aún y con ello, le lanza un jarrón que estalla a su lado. El psiquiatra reacciona cuando la ve dirigirse hacia el clavicordio, su reliquia; ha debido adivinar su pensamiento: el bastidor que sujeta la cubierta del clavicordio, una vez lo arranque, será una estaca perfecta.

Se abalanza hacia el instrumento, pero ¿cómo ha conseguido llegar antes él? La espera con el afilado y reluciente metrónomo; el colmillo de oro muestra un brillo húmedo tras relamerse. Tiene tiempo para rectificar la trayectoria, pero no puede evitar tropezar con la alfombra sobre la que descansa el clavicordio. Está a los pies de él, y la sirvienta se apresura para sujetarla con su hombruna fuerza, el ser vampiresco se abalanza sobre ella, la van a degollar, grita, grita.

## Tres semanas antes

La inspectora Fina Cruz llega con unos minutos de margen para que su ayudante, el subinspector Mariano Lanza pueda resumirle el caso mientras la escolta al office de la planta para llenar de té la taza termo que se trajo de Dublín. Taconeando sus botas por los pasillos dedicando un saludo a todo aquel con quien se cruza.

- Es la primera vez que me encuentro a un caníbal, una caníbal, mejor dicho.

- Yo tengo varios vecinos con los que procuro no subirme en el ascensor - responde Fina socarrona-. ¿Ha dicho algo el jefe?

- Que vayamos con tiento y que no trascienda nada. Hay que mantener a la opinión pública al margen.

- Pues que no trascienda.

- Va a ser difícil... ya me han preguntado por los pasillos si la pata... la pierna de la víctima estaba rica.

- Joder... ¿Es imposible hacer las cosas con discreción?

Se para y echa un vistazo al informe que Lanza sostenía.

- ¿Has leído el toxicológico?

- Privada de LSD, hasta las trancas. Se podría haber comido un elefante.

Antes de entrar en la sala de interrogatorios observan a la detenida a través del espejo semiplateado: a un lado espejo, al otro ventana. Observan que ella toca el piano sobre la mesa, como si existiese un teclado invisible. Por momentos parece interpretar fragmentos con gran musicalidad, ajena al crimen cometido, casi feliz, salvo por el vigor con el que golpea el inexistente teclado. Se diría que interpreta un movimiento presto appasinato, cabecea, deja que el flequillo caiga sobre su cara hasta cubrirla. Un dos tres, un dos tres, viene repitiendo una cadencia próxima al final de la interpretación, un dos, un dos, y bang, final. Mira al espejo. Es una belleza curiosa, muy atípica. Nariz ligeramente aguileña. Ojos intensísimos, claros, transparentes, que quieren taladrar el espejo. No demoran la entrada en la sala, y una vez dentro no se inmuta y espera a que los recién llegados hagan las presentaciones.

- Buenos días, Avelina -se presenta la inspectora-, queremos...

- ¿Y mi hija, cómo está?

Pregunta con ansiedad. Los ojos que antes atravesaban el espejo ahora escanean su interior y detectan sus inseguridades. Se siente apabullada por la

afortunada genética de Avelina en contraste con su cada vez más redondeada figura que tanto trabajo le cuesta contener. Vacila si mentir, pues no tiene idea de que tuviese una hija; no ha leído nada en el expediente.

- Verás, Avelina, no sabría qué decirle, no dispongo de esa información, pero en unos minutos solventamos el tema. Lanza...

El subinspector asiente acatando la orden, se levanta de inmediato y sale de la sala. El silencio que deja tras de sí parece aislarlas, aunque inmediatamente percibe que Avelina está en otra galaxia: su mirada se pierde en el enlosado; por debajo del mismo, se podría decir que lo atraviesa. Pasa la yema de los dedos bajo su nariz, como si los oliese, para a continuación, expeler sobre las mismas. Dedo a la ceja, y vuelta a empezar: olor expeler ceja, olor expeler ceja.

- ¿Sabe por qué está detenida?

Ella no parece haber escuchado. Lanza entra y disipa cualquier posibilidad de respuesta.

- Está al cuidado de su madre. Los de asuntos sociales la contactaron de madrugada y se la entregaron.

- Mi hija, mi hijita...

- Está bien, señora, no se preocupe.

- No. No está bien. Con mi madre nunca se está bien. Nunca.

La respuesta provoca que la pareja de policía se busque. Fina le hace una breve señal de negación para indicarle que no debe volver a abandonar la sala.

- ¿Por qué no se está bien con su madre? -pregunta Fina.

Dudan si habrá escuchado la pregunta porque parece empequeñecer por momentos. Debe medir algo más de metro setenta, pero con el cuerpo inclinado hacia delante parece menor. Tiene las manos cruzadas, apoyadas sobre la base de la silla y ocultas bajo las piernas. La cabeza agachada, la barbilla casi tocando la mesa, el pelo ocultando lo que piensa y a dónde mira.

- Perdona, podría sentarse...

- Es una maldita hija de puta -dice con voz queda, también empequeñecida, tras el cabello.

Ambos quedan suspendidos. ¿Cómo es posible que una frase pequeña dicha con una voz pequeña sea tan poderosa?

Fina resopla de forma sonora; quiere encauzar el interrogatorio... más bien iniciarlo, se dice a sí misma.

- ¿Sabe por qué está detenida? -pregunta dándole un aire cansino para que se dé por aludida.

- No, pero no me gusta -responde de inmediato, y con el mismo



empequeñecimiento en el que ha enclaustrado su cuerpo.

- ¿Le importaría mirarme?

- Sí.

- ¿Por alguna razón en especial? -fuerza la sonrisa en la idea de que su voz sonará amable, pero se escucha forzada, con demasiada música, casi de vendedor de grandes almacenes.

- Porque mi mirada intimida.

No ha levantado la barbilla, la voz es casi un susurro, pero los ojos que la miran a través del flequillo se muestran dominadores. Fina mantiene un instante la mirada para medirla, pero Avelina desnivela la batalla esbozando una sonrisa de finos labios, casi difuminados, bajo los que asoman una corona de dientes bien silueteados y redondeados, muy diferentes del apiñamiento y crestas que presentan los de Fina.

- Me decías, Avelina...

- Llámenme Aveva.

- ¿Cómo? ¿Aveva?

- Es un palíndromo que contiene un saludo a la primera mujer del mundo.

La pareja interpreta en silencio lo que acaban de escuchar.

- Ave, Eva... Aveva: sí -confirma Lanza-, se lee igual de atrás adelante.

- Es como me llamaba Elliot.

- Elliot -Fina anota en la libreta de notas-: luego nos cuentas sobre él.

Ahora dínos: ¿por qué decías que no te gustaba el verte detenida?

- En el hospital nadie ha querido decirme nada. Por lo visto han centrado sus esfuerzos en reanimarme para traerme aquí cuanto antes. Cuando he recobrado el sentido he tenido varios policías en todo momento que no me han querido decir nada; no sé si sabrían algo, pero hacer el vacío a una persona es una mierda de tortura -hasta los tacos suenan bien en su perfecta, pero casi inaudible, declamación-: te montas una película que llenas y llenas de ideas y más ideas. Aparezco con unas ropas que no son mías, nadie me quiere decir nada... Había quedado con Elliot y en su lugar estoy aquí... Nada suena bien, nada.

- Elliot... -Fina asiente, dando a entender lo recurrente que es su referencia.

- Debería estar con él y, en cambio, estoy aquí esperando a que alguien termine por contarme por qué me tienen detenida.

La mano vuelve a la terna olor expeler ceja, olor expeler ceja, olor expeler ceja. La pareja se mira. Lanza se pasa la mano por la boca; Fina intuye

que comienza a cansarse del pajarillo de ojos de hielo y extraños tics.

- Aveva -Lanza llama su atención dando con los nudillos sobre la mesa, pero ésta sigue con la terna-. Aveva, ¿es éste el número de Elliot? Le muestra el número en uno de los folios del expediente.

Aveva se incorpora sobre la mesa con decisión, pero frunce el ceño antes de volver a sentarse con desgana.

- No sé, se parece, pero lo grabé en el móvil y no lo memoricé... se parece.

Aveva se reclina sobre la mesa, parece abandonar la pose de gallina ponedora, cruzando las piernas y sentándose de lado. La nariz más aguileña que de frente; la frontalidad y el camuflaje del pelo ocultaban su relieve, parecía inofensiva; de semiperfil parece estar presta a lanzarse sobre ellos. Fina se percata del cambio de actitud y opta por darle sedal para ir ganándosela poco a poco.

- Elliot -hace un tic con el bolígrafo sobre la libreta-. ¿Quién es Elliot?

- Elliot es un limpiador... creo. Nunca he terminado de estar segura del todo; siempre ha mantenido sumergida gran parte de su identidad. Quizás ese es su encanto. ¿Lo era?

La pregunta sorprende a la pareja.

- ¿Por qué pregunta si "lo era"?

- Díganmelo, díganme por qué estoy aquí, ¿qué ha ocurrido, qué le ha pasado a Elliot, por qué tienen un número que creen que es de él?

- Es el último al que llamó ayer desde su móvil.

Como si le hubiese llegado un olor desagradable, Aveva hace una mueca en la que frunce el ceño y su nariz aguileña. Cambia de posición, esta vez frontal, combativa. Fina siente los colmillos de su mirada.

- ¿Por qué juegan conmigo? -mira a cada uno de forma alterna-. ¿Qué les ha dicho? ¿Está bien?

Fina la estudia, responde con una pose regia, plantándole cara, elevando la barbilla. Se calibran hasta el punto de que Lanza parpadea incómodo.

- Volveremos a Elliot después y me explicará por qué tiene la impresión de que le haya ocurrido algo. ¿De acuerdo?

Pretende darle un toque amistoso a su autoridad, pero sólo consigue que Aveva vuelva a la terna olor expeler ceja, olor expeler ceja, olor expeler ceja. Por cómo se remueve, Fina tiene la impresión de que tantea la silla para subir los pies sobre la misma y abrazarse las rodillas. Reacciona para impedirlo:

- Le voy a enseñar unas fotos. Impresionan, le advierto.

Capta la atención de ella, que deja de medir la silla. Fina pone en el centro de la mesa varias fotografías, lo que la obliga a inclinarse sobre la mesa. Huele a limpia, a cabello recién lavado.

- Las fotos han sido tomadas donde te recogieron, un apartamento alquilado para el fin de semana.

Fina desliza el dedo a un centímetro por encima de las fotografías. Se aprecia un primer plano de lo que parece ser algo parecido a una pata de jamón cocido sujeta en un mueble jamonero, solo que no tiene la forma de una pata sino de una pierna; en la siguiente fotografía se aprecia con mayor claridad el fémur que sobresale; es humano.

Aveva cierra los ojos con fuerza, cierra toda la cara y se echa las manos sobre ella. Fina intenta quitarle las manos para obligarla a que siga mirando, pero se zafa.

- ¿De quién es la pierna que te estabas comiendo? ¿Es tu amigo Elliot? Si tenías que verte con él, ¿por qué tiene el móvil apagado desde esta madrugada?

- ¡Nooo looo seeé! -grita Aveva.

Acompaña el grito con una estampida hacia el rincón posterior en el que se refugia, otra vez, tras su flequillo, su pose de gallina ponedora y la terna olor expeler ceja. La pareja se recobra del sobresalto e intercambia un gesto de desconcierto. Antes de que reaccionen, el teléfono de la sala muestra un piloto encendido. Fina coge el auricular; es el comisario Martín, que sigue el interrogatorio tras el espejo semiplateado y viene a pedirles que aflojen, que la madre ha llamado para avisar de que ha mandado al psiquiatra de su hija, y ya viene de camino. Fina busca en Lanza una señal, pero encuentra la del obediente funcionario a la espera de la siguiente orden. Dejan pasar un par de minutos sin que nada se mueva, sin que nada se oiga. Bromea Fina consigo misma pensando en un cuadro costumbrista de una familia en el que cada uno ocupa un rincón en la salita de estar y nada ocurre entre ellos. Lanza es el primero que envía una señal de vida: el movimiento de sus cejas y ojos, señalando la puerta, invitan a que den por terminada la sesión. Fina se muerde el labio: efectivamente, la sesión ha terminado. Casi.

- Está bien, Aveva, te vamos a dejar -dice levantándose de la silla.

Lanza se queda junto a la puerta, pero Fina se dirige al rincón. Se pone de cuclillas frente a ella, pero guarda las distancias.

- Tu psiquiatra viene de camino. Luego hablamos. ¡Pist, eh! ¿Me escuchas?

Aveva emite un extraño ruido que Fina no termina por entender.

- ¿Cómo dices?

- Soy vegana -responde con voz en susurro-, soy vegana, soy vegana.

## La tortuga

- Y para colmo va y te dice con su vocecita que no come carne.

- Eso son los vegetarianos -puntualiza Fina-; los veganos son más estrictos; para algunos sus convicciones son casi una religión.

La pareja espera al psiquiatra en el pasillo junto a la sala de interrogatorios.

- Por momentos pensaba que seguía ida; era como hablar con la pared -se queja Lanza.

- Rarita es -sentencia Fina-. Déjame el informe, quiero ver el toxicológico.

- Palabros y tecnicismos que vienen a decir que estaba muy tomada -dice al pasárselo.

- Ya, no es eso lo que busco. A ver... dosis extrema de LSD, taquicardias, náuseas, hipertensión... -va leyendo en diagonal-. Presentaba un cuadro de ansiedad que fue tratado con benzodicepinas: primero la trataron con tetrazepam, luego con clonazepam. La psicosis con olanzapina... Fue dada de alta dado que estabilizaron la hipertensión, las taquicardias y la fiebre. De todas formas, el médico aquí se cura en salud -señala un fragmento del informe- y se descarga de responsabilidad: "Se da de alta ante el requerimiento policial. Con el ánimo de no entorpecer la investigación, y dado que el LSD carece de antídoto, podemos acceder a la petición una vez hemos aplicado paliativos sintomáticos. No obstante, queda bajo responsabilidad del comisario Martín Palacios, el proporcionar la debida observación y, en su caso, la atención médica precisa...". Pues sí, lo ha firmado el comisario.

- Qué huevos...

- Ojo a la advertencia del médico: "Hacemos constar la alta intoxicación que presenta, y aunque la paciente responde con una relativa normalidad a las preguntas que les formulamos y no presenta desorientación ni alucinaciones, sí advertimos de una cierta confusión sobre las horas en las que ha estado bajo los efectos de la droga. También debemos hacer notar los posibles flashbacks o episodios en los que pueda revivir al cabo de días, semanas o meses, experiencias psicodélicas ya pasadas, sin necesidad de reincidir en la toma de LSD".

- Por eso nos ha pedido Martín que fuésemos con cuidado: en manos de

algún juez que conozco, nos quedamos sin caso -dice Fina con preocupación.

- ¿Se habrá comido al tal Elliot? -bromea Lanza-. Mientras no tenga un brote y se lance hacia nosotros...

Lllaman a Fina para avisarla de que el psiquiatra ha llegado. Lanza baja para recogerlo, y al poco aparecen por el ascensor. No parece que hayan intercambiado más que los protocolarios saludos, observa Fina, pues ambos caminan vigilándose mutuamente de reojo; sólo interrumpen la vigilancia cuando Lanza, le aclara el camino: todo recto, esa es la inspectora.

- Señor... Íñigo Cañete -saluda Fina leyendo sobre la tarjeta de visita que lleva enganchada en la solapa de la chaqueta; le extiende la mano para saludarle.

- ¿Están tratándola bien? -corresponde al apretón de manos con un tono afable.

Tiene un aire de despiste al que contribuye el maletín que lleva bajo el sobaco y las gafas sobre la punta de la nariz. Al maletín se le aprecian detalles de calidad, pero podría haberlo heredado de su difunto padre o tío. Tiene que andar en los sesenta, y gasta ropas de hace varias décadas, más propias de un maestro de escuela que de un psiquiatra. Contribuye a su anticuado aspecto el destello del colmillo de oro, que atrapa la atención de ambos cada vez que esboza una mueca. Fina le informa de las circunstancias de la detención y le facilita una copia del informe toxicológico indicándole que no puede quedárselo, pero le concede permiso para tomar "alguna nota". Le echa un vistazo rápido antes de pedirle ver a su paciente. Le acompañan a una sala acristalada que permite ver qué ocurre, pero no escuchar, a diferencia de la sala de interrogatorios. Tan pronto se produce el encuentro, la gélida Aveva se agarra al cuello del enclenque psiquiatra como si fuera una cría buscando la protección bajo el plumaje materno. Antes de dejarlos a solas, les advierte que sólo disponen de unos minutos antes de llevarla a la enfermería para someterla a una evaluación psiquiátrica y un nuevo reconocimiento médico.

Fina y Lanza toman una cierta distancia de la sala, pero la mantienen vigilada. La efusividad del encuentro ha dejado paso a una actitud más relajada, ambos reclinados sobre los respaldos, con las manos sobre la mesa, sentados frente a frente, como si estuviesen en una sesión de espiritismo. A los veinte minutos, una pareja de agentes llevan a la detenida a la enfermería, quedándose Fina y Lanza con el psiquiatra. Éste, desde que se ha ido su paciente no deja de anotar en su libreta. Levanta la cabeza, pero al detectar que Fina quiere hablarle, vuelve de inmediato a su tarea de escribiente. Tras un minuto de tregua, la pareja decide hacerse notar sonoramente: un carraspeo, un tamborileo con los dedos

sobre la mesa, un comentario al oído. Finalmente, el psiquiatra cesa en su escritura.

- Soy un maleducado, lo sé -se confiesa de forma amable-, pero es que la memoria es más verosímil que fidedigna, y no todos los días visito una comisaría... ni mucho menos a una paciente... -busca las palabras más adecuadas- en unas circunstancias como las que me ha descrito. Todo esto hace que tenga una especial predisposición a ser impresionable y perder la objetividad ante un estímulo, y basta con que a la salida me enrede con algo para perder gran parte de la información: la escritura ayuda a recordar y a mantener mi objetividad entre tantas impresiones.

- Está bien, no se preocupe -Fina intenta dar por zanjado el excesivo preámbulo que han terminado por tener.

- ¿Y cuál es la impresión que de mí tienen?

La respuesta de ambos parece estar preparada pues, a la vez, enarcan las cejas e inician un lento movimiento de cuello para mirarse. Lo abortan cuando el psiquiatra hace el amago de volver a escribir.

- Espere, espere -reacciona Fina-. ¿Es que anota todo?

- Íbamos por la impresión que de mí tienen.

- Alguien que ha leído en exceso y no se entera de lo que pasa a su alrededor -dice cortante y al momento se reconduce-. Perdone si ha sonado brusco, pero es que andamos escasos de tiempo y lo sucedido a su paciente es muy serio.

- Y yo con mis apuntes, perdonen ustedes -muestra una franqueza casi infantil que el psiquiatra parece potenciar entornando sus ojos gachos de tortuga.

- Con lo que ha leído en el informe, ¿cree que podrá ayudarla?

El psiquiatra responde con un rápido movimiento en el que señala a Fina cimbreado el índice. Es un gesto cargado de energía que sorprende a ambos.

- Agradezco su interés, ni se imagina cuánto. Debo confesarles que no sabía lo que me iba a encontrar aquí porque, como en todos los sitios, hay policías y policías.

- No divague -Lanza llama su atención dando una pequeña palmada sobre la mesa.

- Sí, sí, tiene razón, me pierdo. Pues verá, no puedo responderle a esa pregunta si previamente no les aclaro quién es Ave.

- ¿Aveva?

- Siii -admite con gesto preocupado-, esa necesidad de seguir encontrando su identidad: Aveva se hace llamar desde hace unos meses, desde

que conoció a un tal Elliot.

- ¿Le conoce usted?

- Sólo porque ella me lo refirió en una ocasión. ¿Le ha ocurrido algo?

- No lo sabemos, como tampoco sabemos... -Fina está por decir que se preguntan si le faltará la pierna, pero prefiere guardarse sus conjeturas- su paradero.

- Entiendo... Lo que quería aclarar es que la mente de Aveva es muy delicada; lleva desde la adolescencia en tratamiento: psicoanálisis, terapias Gestalt, hipnosis, medicación y todas las prácticas de nuestra disciplina.

- Las terapias Gestalt no están, digamos, en el campo de la psiquiatría... - replica Fina.

- Nuestra disciplina no es un compartimento estanco, y trata las dolencias de la mente desde todos los frentes.

- Ya.

Tras un breve silencio, el psiquiatra retoma la palabra.

- Como les decía, es una mente delicada, pero a su vez poderosa: tiene el coeficiente de un genio, toca varios instrumentos, la carrera la sacó de manera brillante. Una mente privilegiada... solo que necesita cuidados y, en este sentido, el fuerte shock sufrido la ha desestabilizado, por lo que sería conveniente una sesión de hipnosis para que "gestione" mejor los recuerdos desagradables; si no, no creo que sea capaz de enfrentarse a ellos y, mucho menos, de decirles nada.

La inesperada petición deja descolocada a Fina, que prefiere confirmar lo que ha escuchado.

- A ver si lo he entendido: ¿quiere hipnotizar a una detenida que se estaba comiendo una pierna humana, y que resulta ser sospechosa de asesinato?

- La conozco lo suficiente para saber de lo que es capaz, y le puedo asegurar que ella no es capaz de ese asesinato. También sé que ahora está bloqueada, y que si no la hipnotizo, la mente de Aveva no será capaz de gestionar todo lo ocurrido, no lo aceptará. De no hacerlo, el interrogatorio será inútil.

Ante la inmutabilidad de la pareja, añade:

- Consúltenlo con su superior y el psiquiatra que debe evaluarla; además, no tengo inconveniente en que vigilen la sesión.

La propuesta parece razonable, pero a Fina le cuesta acceder: tiene la sensación de estar haciéndole el juego.

- Ya le aviso -responde hosca.





## El león marino

Han transcurrido veinticuatro horas desde que despidiesen al psiquiatra de Aveva y nuevamente se encuentran esperando a que le avisen de su llegada desde recepción. La evaluación psiquiátrica ha concluido con que la detenida se encuentra en parámetros que pueden considerarse dentro de la normalidad, más allá de las rémoras del "viaje" que experimentó con una alta dosis de LSD. Finalizada la evaluación, el psiquiatra se mantiene al margen de la relación médico-paciente que la detenida tiene con Íñigo Cañete.

- Él ha hecho su evaluación y hasta ahí su trabajo -justifica Fina ante su compañero Lanza antes de que comience a protestar por todo, como en él es habitual.

- Lo que tú digas, pero eso parece haber animado a que el comisario tome distancias.

- Normal que no quiera estar presente: si la cagamos y nos cargamos el caso, la responsabilidad será toda nuestra. Así que, con mayor razón, ojito, no nos haga ningún truco de magia el psiquiatra. Pero seamos objetivos: bastante ha hecho el comisario autorizándonos a la sesión de hipnosis y firmando ayer que se responsabilizaba de tener bajo observación y facilitar los cuidados médicos necesarios para la recuperación de...

- ¿De esta zumbada? Joder, que si Ave, que si Aveva, Avelina... ¡tanto cambio de nombre!

- Mejor será cambiar de actitud hacia ella. De forma objetiva, cualquiera estaría sonado después de un chute como el que llevaba -busca el asentimiento comprometido de Lanza, que lo concede tras un instante de duda-. Bien, vamos a repasar qué tenemos; reconozco que ayer me pilló todo desprevenida.

Ella con la taza termo rebosante de té, él con un café casi acabado, se sientan en la mesa de Fina dispuestos a ordenar y poner en común el goteo de información que han venido recopilando. No hay todavía un informe forense definitivo, pero sí les han facilitado uno preliminar para que puedan orientar los primeros pasos de la investigación: se trata de la pierna izquierda de un varón, sobre metro ochenta, buen estado físico, musculatura con poca grasa; posiblemente practicaba o practicó atletismo, ciclismo, halterofilia o quizás practicó con bastante asiduidad el fútbol, pues tenía la cabeza corta del bíceps

femoral más desarrollado de lo normal. Ninguna fractura en los huesos y buena salud en general. Carne de primera, como le dijo el forense a Fina. Y además, fresca: la pierna había sido sometida al mismo proceso que las patas de jamón cocido, salvo por el deshuese, que no se llegó a realizar: salmuera, agua, sal, azúcares, sacarosa, dextrosa y nitrito de sodio como conservante. Se apunta a que el proceso aplicado corresponde al de una cocción casera, pues no se han encontrado restos de otros ingredientes propios de procesos industriales, como féculas, proteínas, jarabes de glucosa, fibras, saborizantes, colorantes, potenciadores del sabor y demás.

El informe apunta que las propiedades de la carne, tras el proceso de cocción, están intactas, por lo que se puede deducir que pudo haberse cocido el mismo día, el anterior, pero dos días son suficientes para que se haga patente el deterioro. No hay indicios de que la pierna hubiese sido congelada. La forma en siete de la pierna indica que la cocción fue realizada en una olla casera, es decir, se coció doblada, atando el tobillo a la cabeza del fémur, de ahí las marcas que quedaron alrededor de ambos huesos. Se aprecia también diferentes grados de cocción, lo que viene a decirnos que se coció por partes en una olla de grandes dimensiones, pero casera.

- Carne de primera, fresca y artesanal... ¿has desayunado? -bromea Fina.
- Joder -pone cara de asco.

La madre de Aveva ha contratado un abogado de prestigio, lo que les desconcierta:

- Eso me ha dicho el comisario -aclara Fina-. Por las palabras de la hija una pensaría que era su archienemiga.

- ¿Cómo la llamó: "hija de puta"?

- "Una maldita hija de puta". Vas a tener que tomar notas como Nosferatu.

- ¿De qué coño hablas?

- Del psiquiatra, ¿no te recuerda al vampiro de Lugosi? -Se percata de la cara de extrañeza de su ayudante-. Nada, olvídalo.

- Poca cosa sobre el ámbito laboral de... Avelina -Lanza cambia de cuestión-: trabaja de administrativa desde hace varios años en el ayuntamiento; pregunté a varios compañeros, y procura pasar de puntillas en el trabajo: apenas se relaciona.

- Una mente privilegiada trabajando de administrativa... Y su jefe sigue teniendo las dos piernas, ¿verdad?

- Estaba en un congreso; debe volver en estos días.

- Sobre el psiquiatra, hay más de lo que esperábamos -anuncia Fina dándose un halo de misterio, pues esa información todavía no la habían compartido-. Aparece prejubilado para la seguridad social aunque parece ser que sigue ejerciendo en su consulta privada. Hasta ahí, poca cosa en la que rascar, pero decidí pasarme por la biblioteca de la universidad y encontré una gran cantidad de artículos suyos, desde publicaciones serias en revistas científicas, a otras menos serias, más populistas -ante la cara de extrañeza de Lanza, se explica-: es que hay de todo; ahí donde lo ves, es un tío viajado que ha asistido a rituales para convertir personas en zombis, ha convivido con tribus donde se tiene constancia que han practicado el canibalismo en el pasado...

- Joder con el vampiro enclenque.

- También es un experto en hipnosis y terapias alternativas, de hecho en un libro cuenta sus experiencias con chamanes y brujos.

- Habrá que tener cuidado, no sea que nos hipnotice a todos.

Quien termina por llegar primero es el abogado, al que acompañan a una sala a donde posteriormente conducen a Aveva. Les dejan a solas, pero no puede dejar de mirar a través de las paredes de cristal: la piel lechosa y el pelo retinto y lacio actúan como un faro que avisa de un raro espécimen; los esquivos ojos transparentes atrapan y convierten en estatuas de sal a quienes cacen la mirada. El magnetismo de la chica es sorbedor, y el propio abogado, que acaba de presentarse a ella, parece caer en un trance para el que no venía preparado. Quizás sea cosa de Fina, o tal vez el abogado resulte ser de movimientos y gestos que juegan a desplegar un baile de seducción, pero tiene la impresión de que se esfuerza en exceso por resultar agradable, pese a su sobrepeso, sus más de cincuenta años y su cabeza pelada y rebosante de sebo. Le recuerda a un león marino. Su ritual es observado a través de las paredes acristaladas de la sala. En uno de los lances se levanta y comienza a recorrer la estancia, de un extremo a otro, frente a Aveva. Es alto y maneja bien los kilos que traslada; quizás quiera exhibir su envergadura, aunque le parece infantil. A mitad de un paseílo llama la atención a Fina a la que, por señas, le indica que quiere hablar con ella. Lanza, atento al pavoneo del abogado, se aposta junto a su jefa.

- No me habían contado que privaron a mi cliente de los cuidados médicos y que la sacaron del hospital para meterla en una celda.

No por esperada la mención al particular procedimiento, no deja de fastidiarla, y más aún cuando percibe que el abogado se cree ganador en el

envite, aunque prefiere ser cauta y cerrarle las puertas una a una.

- Con las prisas..., perdone usted. Lanza, por favor.

Fina le muestra el alta médica, el documento firmado por el comisario, el parte médico que cada cuatro horas se ha elaborado en la revisión, y la evaluación psiquiátrica llevada a cabo esta misma mañana.

- Por cierto, por si no lo sabía, esta comisaría cuenta con enfermería, sala de curas y un equipo médico.

Para terminar, le informa que la madre ha autorizado la visita del psiquiatra que trata a la hija, mostrándole el documento que firmó.

- Ha sido un procedimiento atípico pero escrupuloso en cada paso: tenemos caso, no tenga la menor duda. Y la pierna cocida pone las cosas difíciles a su defendida. Recuerde que se la estaba comiendo...

- ¿Algo más que deba conocer?

El abogado aguanta bien la réplica; no parece que le haya desmontado su estrategia; al contrario, Fina piensa que lo que quería era disponer de todas las cartas.

- Creo que a su defensa como a nosotros, nos conviene que ella hable; su psiquiatra lo manifiesta así. Hemos consultado con el que le hizo la evaluación y se inclina por considerar beneficiosa la sesión de hipnosis: recuerde o no recuerde nada, si está bloqueada el caso no avanzará y ella irá a la cárcel, al menos prisión preventiva, y nosotros nos quedaremos con un caso a medias.

- Está bien, está bien... -la idea no parece seducirle, aunque tiene demasiadas tablas como para dejar traslucir sus auténticos pensamientos-. Avíseme cuando llegue el psiquiatra.

Íñigo Cañete no tarda en llegar; lo hace acompañado por un agente, con ese aspecto de profesor de posguerra, ojos gachos, los mismos con los que se suelen dibujar a las tortugas, pero también con un lejano aire vampírico. El abogado cierra un ojo al verle, como si así calibrase mejor con quién se las tiene que ver.

- Se parece a Bela Lugosi -dice con disimulo, pero con un volumen audible por la pareja.

Lanza es el que ahora cierra el ojo para calibrar al moloso abogado.

Nada más presentarse, Íñigo se disculpa por el retraso, pero se ha entretenido ayudando en la elaboración de un artículo que debe enviar su antiguo jefe.

- Estando prejubilado tengo todo el tiempo del mundo, pero aún y así, se

me queda corto el día cuando hay que presentarlos en congresos internacionales: cada vez es más difícil que te admitan un artículo.

El abogado pide al psiquiatra que le explique las implicaciones de la sesión de hipnosis. Éste intenta hacerle ver que debe ser beneficioso para la defensa: la técnica se basa en hacer que se enfrente a lo ocurrido en tercera persona, como si fuese un espectador; de esta forma desaparece la culpa y la presión que oprimen al YO, a la primera persona; así, es capaz de ver qué ocurrió.

- ¿Pero será consciente de las preguntas?

- Plenamente. Y si necesita consultar con usted antes de contestar, lo hará. La técnica no es un suero de la verdad; se trata solamente de una ayuda.

Vencidas las reticencias del abogado, acuerdan que el psiquiatra realizará la sesión en la sala de interrogatorios, de manera que todos estén plenamente al tanto de lo que ocurre pero al otro lado del espejo.

- Celebro que la defensa y la policía tengan una relación tan amistosa - dice suspicaz el psiquiatra-, pero quiero que tengan claro que no deben interrumpir mientras dialogo con Aveva.

- ¿Aveva? -pregunta el abogado.

- Avelina -explica el psiquiatra condescendiente-. Es así cómo le gusta hacerse llamar. Bien... -queda momentáneamente suspendido hasta que recobra el hilo de sus palabras-, decía que no quiero interrupciones mientras se desarrolla la hipnosis. Tras la misma, podrán pasar a la sala y desarrollar el interrogatorio con total normalidad.

El abogado tiene un breve encuentro con Aveva en el que le informa de cómo van a proceder y la alecciona para que, ante cualquier duda o pregunta comprometida, no responda. Dejan al psiquiatra con ella; Fina y Lanza se acomodan con el abogado al otro lado del espejo, en la parte transparente. Toda la parafernalia le comienza a parecer demasiado artificiosa, por lo que decide mantener la máxima seriedad y profesionalidad para no correr el riesgo de desbarrar. Así, cuando Lanza le susurra si trae unas palomitas, no duda en dedicarle una mirada que hace entender a éste la seriedad con la que debe dirigirse.

Se sientan uno frente al otro para ofrecer una buena visión y audición al trío espectador. Íñigo inicia unos preliminares con voz propia de confesionario con la que es imposible no bostezar, y que -intuye Fina- tiene la finalidad de crear una atmósfera relajada para que Aveva se distienda. Ésta comienza a hablar

con su voz resbaladiza, pero no parece que se relaje: hace gestos y pequeños aspavientos que denotan incomodidad y queja. La luz, tiene que ser la luz: por cómo gesticula y frunce el ceño encarando el techo lleno de focos, ese debe ser el problema. Hay un momento en el que, al mirar hacia arriba, los transparentes ojos han reflejado multitud de puntos de luz, confiriéndole una imagen irreal, como si sobre ella se precipitasen lenguas luminosas. La sesión termina por abortarse; se veía venir. Y, otra vez, como si de una melé se tratase, el abogado, el psiquiatra y la pareja, deben ponerse de acuerdo. Fina decide que Lanza custodie a Aveva mientras ella ejerce de negociadora.

- No intentará nada raro, ¿verdad? -pregunta desconfiado el abogado.

- Puede estar seguro que no iniciaremos el interrogatorio sin ninguno de los dos -le tranquiliza Fina-. Simplemente la va a custodiar, nada más.

Fuera de la sala de interrogatorios, el psiquiatra expone sus condiciones:

- Tenemos que apagar la luz: esto parece un campo de fútbol; me molesta hasta a mí, pero ella, además, está especialmente sensible; ayer estaba sedada y no se quejó, pero hoy supongo que reverbera el efecto del LSD, que potencia los sentidos y las percepciones; en algunos casos, las percepciones sensoriales pueden combinarse en un fenómeno conocido como sinestesia, en el que una persona parece oír o sentir los colores y ver los sonidos. Lo mejor será apagar las luces.

- Ni hablar. Lo atípico de la sesión nos obliga a grabarlo por si el juez se interesase. De apagar las luces la cámara no alcanzaría a grabarlo.

- ¿Y no podría traer una linterna, una vela...?

- ¿Y por qué no nos olvidamos de todo este circo -interviene el abogado-, celebramos el interrogatorio y comprobamos qué es capaz de recordar?

- No conseguirá nada: está bloqueada, no quiere enfrentarse con lo que ocurrió. Pero ¿por qué no cambia el chip? Piense por un momento que si Aveva consigue desbloquearse, puede que consiga recordar quien la drogó o con quién estuvo antes de que lo hicieran. Puede que, incluso, sea capaz de recordar que ese alguien portase también la pierna cocida.

El abogado parece tener en consideración las posibilidades que refiere el psiquiatra asintiendo de forma reflexiva.

- Bueno, esperemos un momento -interviene Fina-. Voy a hablar con mantenimiento para ver si pueden apagar una hilera o parte de los focos.

Se distancia ligeramente para llamar desde el teléfono de su mesa de trabajo. Gesticula periódicamente como si así consiguiese hacerse entender mejor, pero finalmente termina por colgar con gesto resginado.

- Han estado comprobándolo y, a pesar de ser nueva la instalación, no es posible desconectar parcialmente la iluminación. La única posibilidad es quitar manualmente algunos focos.

- ¿Y?

- El nuevo procedimiento indica que hay que comunicarlo a la empresa de mantenimiento, y en menos de 48 horas la empresa atenderá la petición.

- ¿Qué hacemos, demoramos el interrogatorio? -pregunta el uno.

- ¿Y no podríamos quitarlo nosotros mismos? -pregunta el otro.

- Vamos a probar una cosa -dice escéptica-: haremos una prueba con las luces apagadas; quizás la luz que entra por la puerta abierta puede ser suficiente, y en el peor de los casos tendremos el audio, aunque intentaremos que la cámara registre la imagen con una calidad suficiente, para lo que tendrá que hacer la hipnosis pegado al espejo -dice al psiquiatra.

El trío se pone de acuerdo, Lanza vuelve al otro lado del espejo junto a Fina y el abogado, y Aveva y el psiquiatra se sientan pegados a ellos, en penumbra y separados por el espejo.

- Vaya, me había dejado la cámara grabando -advierte Lanza.

- Ya han entrado en materia -susurra el abogado, que reclama silencio y atención a la sesión de hipnosis.

- Bueno, ya conoces cómo funciona esto. Relájate, respira varias veces de forma profunda -Aveva respira-. Se la escucha perfectamente; sólo queda esperar que la grabación ofrezca una imagen aceptable-. Escucha mi voz, que calma y te duerme... Escucha mi voz, mi voz, mi voz... Tu respiración se vuelve más tranquila y profunda. A cada respiración, tienes más paz, más paz, más paz. Estás en Campo Grande en un día soleado. Hoy el parque está cerrado y no hay nadie, salvo tú y las aves que lo habitan. Caminas por el paseo central, rodeada de un manto verde que te protege, te aísla del ruido, te permite respirar aire puro, fresco, y eso te relaja. Te sientas frente a la cascada del estanque, el sonido del agua te relaja aún más y más; la somnolencia aumenta y comienzas a sentirte como un árbol, fuerte, perenne, nada te altera, tienes la fuerza de un tronco centenario, el resto del mundo son pajarillos. El mundo está lleno de pajarillos que pican aquí y allá que no afectan a la fortaleza de tu tronco...

Mientras el psiquiatra sigue con un ritual que le recuerda a algún espectáculo de magia que vio en la capital, Fina observa que tanto el abogado como Lanza están absortos. Se pregunta si no estarán cayendo bajo el influjo de la hipnosis, pues hasta ella misma tiene la sensación de comenzar a sentirse más relajada. Da un toque a Lanza en la rodilla para asegurarse de que sus ojos no se



han vuelto ni describen movimientos en espiral; éste vuelve la cara para preguntarle qué quiere, pero ella indica de inmediato que no es nada, agitando la cabeza y mano.

Trascurren unos minutos, y el psiquiatra concluye la sesión. Lanza y el abogado entran en la sala junto a Aveva; fuera de la misma, Fina despide al psiquiatra.

- Me gustaría poder quedarme, aunque sea tras el cristal, por si pudiera serles de ayuda...

- Ya ha hecho suficiente -dice llevándole hacia el ascensor en donde un agente aguarda para acompañarle a la calle-. Y si la cosa no funciona, siempre nos quedará "el método tradicional".

- No me tranquiliza oír eso -responde intentando frenar el avance hacia el ascensor, pero Fina le extiende el brazo avisando así que debe seguir caminando.

- No se preocupe, años de experiencia avalan el método -le guiña el ojo con aire burlón, pero de inmediato hace lo posible por calmarle-. Era broma, no se preocupe, hemos tenido casos difíciles en donde hemos conseguido la colaboración voluntaria.

Dentro de la sala de interrogatorios, hace el amago de encender las luces, pero hasta a ella le resultan molestas, así que deciden cambiar a una sala de reuniones menos iluminada. No dice nada porque Aveva se haya puesto el pelo como visera. Tras la maraña de pelo, el cristal celeste de sus ojos resplandece cuando un haz de luz los alcanza; la blancura de su rostro y el rosa pálido de los labios secos le dan un aire monjil. El abogado ya la ha aleccionado, así que decide entrar a saco con las fotografías que el día anterior provocaron la estampida de Aveva y la posterior intervención del psiquiatra; vuelve a poner las fotografías sobre la mesa para mostrarle diferentes tomas de la pierna cocida.

- El lugar, ¿lo reconoces? Se trata de un apartamento que alquilaste - Aveva asiente.

Ella y el abogado visionan en silencio las fotografías. A diferencia del interrogatorio anterior, no huye de las imágenes y parece examinarlas con serenidad, quizás con la indiferencia del poderoso árbol que refería el psiquiatra. Tras la última fotografía, pregunta directamente:

- ¿Lo mataste?

- Seguro que no, pero no recuerdo muy bien lo que ocurrió.

- ¿Puedes contarnos todo lo que recuerdes?

Ante el temor de que sólo conteste a lo que le pregunte, prefiere que

Aveva cuenta todo lo que cree recordar. Ésta relata que había quedado con Elliot en el apartamento. Desde los últimos encuentros había extremado las medidas de seguridad para contactar; sus visitas se habían espaciado y los encuentros se llevaban con toda la precaución posible: si íbamos a un hotel, nos encontrábamos en otro diferente al que se alojase; tampoco íbamos a mi casa, en todo caso al apartamento. El intercambio de correos se mantenía, pero el teléfono a través del cual quedábamos, era diferente y de prepago en cada una de las visitas.

- Yo tenía mis sospechas -la voz de Aveva es el acostumbrado susurro; bien silabeado pero a veces inaudible-, pero como la niña que no quiere descubrir la verdadera identidad de los Reyes Magos, prefería no ir más allá de lo que tenía entre manos. Quizás... -queda pensativa-, quizás temía que, de hacerlo, se esfumase.

FINA no quiere interrumpir, y un gesto es suficiente para pedirle que prosiga. Al hacerlo, Aveva entorna el poder plateado con los párpados teñidos de un aire concentrado.

- Creo que esta historia de los Reyes Magos se remonta al momento en el que me refirió una empresa francesa en la que se habían suicidado un número alarmante de personas. Vino a decirme que aquello era sólo la punta del iceberg, una mínima parte que había terminado por trascender. Una falla en el sistema, un gran fallo, en realidad: no se trataba sólo de esa treintena que cayeron por la "fragilidad de su moral", como se atrevió a decir el cerdo del jefe, sino por todos aquellos otros que se habían quedado por el camino: infartos, ictus, despidos sin protección social, ruina económica, ruina de derechos... Estaba muy claro que aquella injusticia había intoxicado su espíritu. Cuando se descargó y soltó todos los sapos y culebras que le anudaban la garganta, me llamó la atención: "Atiende bien lo que voy a decirte". Su voz y su rostro eran otros; me puso en guardia, pero aprecié que nuevamente cogió el antifaz, se ocultó: quiso saber qué le diría si me dijese que trabajaba para un organismo encargado de "poner orden", de "hacer justicia". Aquello sonaba a una especie de justiciero de cuello blanco. Vino a explicarme que todos los sistemas tienen sus "limpiadores de cloacas" y, sin llegar a decírmelo de manera clara, insinuó que se dedicaban a recorrer Europa ajustando los "engranajes del sistema". Así era él: decía sin decir, dejaba caer, te preguntaba pidiendo tu parecer si descubrieses que él se dedicaba a esto o aquello.

Quedan en silencio; como el profesor que espera a que formulen una pregunta, examina al trío, que prefiere no abrir la boca. El abogado, observa

Fina, entrecierra un ojo, como si así facilitase la digestión de lo escuchado.

- Dándole pábulo a aquella historia, le dije que me extrañaba que se hubiesen fijado en esa empresa. Es cierto que es una historia dolorosa y algo negra para una empresa internacional, pero no es menos cierto que la muerte es consustancial a otras muchas empresas de moda, muebles, tecnología, deporte, que resultan ser marcas reputadas. Debía haber alguna razón para que esos "limpiadores de cloacas" se fijasen en esa concreta empresa -con un nuevo silencio vuelve a dar otra oportunidad a los alumnos tras la pista que acaba de facilitarles-. Resultó que uno de los que se suicidaron era hermano de alguien poderoso... alguien capaz de decidir que unos fondos europeos se destinen a políticas de seguridad o que se destinen a políticas de integración social.

Esta vez el silencio no es el pretexto para jugar a las adivinanzas.

Es una historia fantasiosa, como tantas otras que Fina escucha en esa sala, aunque algunas sabe que llegan a ser verdad. Lo que parece claro es que la clave para hacerla hablar es Elliot: el primer día se enfrascó en él, y tras la hipnosis, sigue insistiendo. Realidad o impostura, decide seguir haciéndole el juego.

Aveva les narra el último día a petición de Fina, o más bien, lo que recuerda de él.

- Había quedado con Elliot; siempre me contacta a través de un móvil prepago que me dio... Y es que desde el inicio me dejó claras las reglas del juego, su trabajo así lo exige: viajan por Europa por motivos de trabajo: un contrato, un evento, unas conferencias. Aprovechan estos desplazamientos para hacer una "limpieza" localizada en ese país, de manera que quien tiene el interés por asesinar, siempre se encuentra lejos del asesinato, con coartada. A cambio, el solicitante se convierte en parte de la organización.

- ¿Se convierte en asesino?

- No, al menos no fue así como me lo vendió. Se convierte en una célula que proporciona logística: información, la contratación de unos detectives, el alquiler de un apartamento, la compra de un móvil prepago...

- Si he entendido bien, estos limpiadores, al moverse por Europa "limpian" los atascos del sistema cuando el más interesado está lejos o tiene una buena coartada. Y a cambio, éste paga el encargo con futuros trabajos de logística.

- Más o menos.

- ¿Sabe que su jefe todavía no ha aparecido?

La pregunta sorprende al abogado; incluso a ella, que se toma unos

segundos.

- Sus piernas tendrían grasa, no es deportista.

- ¿Sabe dónde se encuentra? Fue a un congreso sobre urbanismo y debía haber regresado.

- ¿Por qué debería de saberlo? -protesta el abogado-. Según me he informado, el congreso tenía lugar en Las Palmas, y ha podido tener algún problema con el vuelo, haber prolongado su estancia...

El abogado parece que hace bien su trabajo, es el pensamiento que Fina y Lanza cruza en el intercambio de miradas.

- Está bien, volvamos sobre la logística que se les presta a "los limpiadores": ¿fue así como alquiló el apartamento?

- No, bueno, sí, alquilé el apartamento porque Elliot me lo pidió, pero era para encontrarme con él, no para una "limpieza".

Fina evalúa lo que acaba de escuchar, pero le resulta tan evanescente como los ojos de Aveva, que aparecen y desaparecen tras la cortina de su flequillo.

- ¿A qué hora fue al apartamento?

- A media tarde. Había dejado a mi hija con su padre y decidí ir para revisar que todo estuviese bien. Antes pasé por el supermercado para comprar un par de botellas de vino. Entré en el apartamento y...

Se tapa la boca, como si recordase algo que la ha asustado o que se ha sorprendido ante lo que acaba de recordar o sorprendida por lo que acaba de descifrar.

- ¿Qué ocurre? ¿Ha recordado algo? -Lanza intenta obtener una respuesta inmediata, pero el abogado coge la mano de ella para transmitirle prudencia.

- No... Abro la puerta y mi memoria salta al momento en el que estoy comiendo... carne.

- Que, como ustedes saben, lo hizo bajo los efectos de una fuerte dosis de LSD -interviene el abogado.

Fina asiente para darle a entender que quiere ser consecuente con esos condicionantes. El abogado se relaja.

- ¿Tiene idea de a quién puede corresponder la pierna, pudiera ser de Elliot?

- Inspectora, hace unos minutos le ha dicho que no recuerda, después si era de su jefe. ¿Por qué la obliga a conjeturar? -el abogado responde como un resorte.

- Metro ochenta y tantos -Fina hace caso omiso-, es posible que

complexión atlética, sano...

- ¡Inspectora!

- Abogado, al menos podrá describirme el físico de Elliot, ¿no?

El cabeceo de Aveva pone fin al brote de discusión. Lo prolonga en un trance reflexivo. Quizás, piensa, Fina, no había tomado conciencia de que ella misma podría habérselo comido.

- Metro ochenta y cinco, jugador de rugby en la universidad. Un poco armario, podrá imaginar.

La descripción que acaba de enunciar dibuja una truculenta posibilidad que extiende el trance reflexivo al resto de la sala. Tras unos segundos, es la propia Aveva la que le quita yerro:

- Pues si me lo he comido... puestos a comer carne, para un vegano, mejor si es carne humana -la broma desconcierta a toda la sala-. Y ya de paso, me aseguro que ninguna otra hincó las uñas en su espalda, ni siquiera su mujer.

- ¿Estaba casado, conoce a la mujer?

- Es lo que él me decía; también que tenía dos hijos, pero como con el resto de los aspectos de su vida, conozco lo que él me contaba, nada más.

- Entonces, ¿un vegano prefiere la carne humana?

- Inspectora -protesta el abogado-, debe distinguir entre la ironía y el relato de lo acontecido.

- Quizás -Aveva prosigue esbozando una medio sonrisa traviesa-, si de verdad me lo he comido, me haya apoderado de su espíritu; de eso tratan algunos rituales caníbales, pobre, con lo nervioso que estaba la primera vez que nos acostamos... Le puso empeño, ¿sabe? Estaba nervioso, se le notaba. Me había hablado de que tenía familia, pero a pesar de la carga que ésta pudiera suponer, no se cruzó en sus pensamientos, aparentemente, y se mantuvo firme en todo momento, muy firme -insiste con voz susurrante, un suspiro demasiado sensual, le parece a Fina-. Y esas cosas son muy importantes para una mujer, ¿verdad, inspectora?

La pregunta no la pilla desprevenida, pues la seguía con detenimiento, pero le sorprende, lo mismo que al resto.

- No voy a contestar a su pregunta.

- No importa -Aveva interrumpe con la intención de proseguir; Fina opta por dejar que suelte todo. Piensa en la posibilidad de que el efecto de la hipnosis sea temporal y que tras esta fase de locuacidad, regrese al caparazón-, a mi me satisfizo porque suponía que me consideraba un fuerte estímulo sexual, y eso, a partir de una determinada edad, puede alborotarte más que a una adolescente. De

todas formas, una es medianamente consciente de esas cosas, ¿verdad? -pregunta a la sala-. Basta con sentirte primaveral para salir a la caza de miradas en la calle que analizan tu anatomía y se lanzan sobre tus ojos para intentar arrancar un recíproco interés. No podría calificar a Elliot como un "campeón", como así terminé por llamar al amante que tuve, atleta de gimnasio y devorador de esteroides, muy orgulloso de su cuerpo... Le gustaba recibirme recostado sobre la cama imitando la pose relajada de una estatua griega.

- Aveva, no es necesario entrar en intimidades -insiste el abogado en poner coto a la confesión-. Creo que podemos dar por concluido...

- Creo que el "campeón" hubiese prosperado haciendo películas porno - Aveva hace caso omiso-, quién sabe. Quizás tenía un punto maniático en lo que respecta al bello corporal: en el segundo encuentro arrasó con una maquinilla mi menguada depilación carioca que lucía por entonces. Pero aunque Elliot no era un campeón, no desentonaba: iba bien en la cama, fuera de ella, con traje, con ropa de calle. En lo que sí parecía un experto era en contrariarme, en apariencia, hasta inconscientemente: al mismo tiempo que su entrega en nuestro primer encuentro fue total, sin atisbo de dudas, me generó una cierta incomodidad. Me sentí halagada, pero reconozco que es contradictorio e incompatible con el querer sentirse deseada: de una parte, hubiese visto natural que pensase en sus hijos o en su mujer, y que su mirada se hubiese mostrado esquiva antes de entregarse, aunque fuese un momento, pero no, ni el menor requiebro. Eso me hizo dudar si quizás no era la única: era posible que Elliot tuviese una amante en cada puerto, en cada aeropuerto, más bien, y que por ello no hubiese tenido asomo de flaqueza. Contradictorio, ¿verdad? Quizás, para complacerme completamente, debería haber dudado fugazmente antes de devorarme... -todos la miran-. Perdón, no he querido decir eso; antes de hacerme suya.

Aveva guarda silencio de manera prolongada. No es una pausa, detecta Fina, por lo que no quiere dar pie a que el abogado vuelva a intentar terminar la reunión.

- Decía que llegó el jueves por la tarde al apartamento, y que perdió el conocimiento al entrar en el apartamento. ¿Tiene algún recuerdo violento? ¿Recuerda sentir dolor?

Guarda silencio. La barbilla pegada al pecho, el pelo ocultando las luminarias de sus ojos.

- Dolor... -parece que estuviera arrastrando lejanos recuerdos hasta el presente. Permanecen expectantes-. Los pies me duelen cuando Elliot me visita al terminar el día -dice en lo que parece un comentario socarrón que descoloca a

todos, pero esta licencia sigue la misma declamación de monja de clausura: pausada, bien silabeada, voz para ser transmitida al oído-. Llegué cansada de estar todo el día ajetreada. Recuerdo que abrí la puerta del apartamento y algo me dio en la nariz, un olor intenso, quizás de hospital. Quise pensar que debían haber limpiado y desinfectado a conciencia el apartamento, pero yo tengo un olfato muy fino, y aquel olor era de hospital. Entré con cautela, diciendo "hola", no sé por qué, pues el olor indicaba desinfección, ausencia de gérmenes, de personas, pero quizás, por ese mismo olor, presentí que podía haber alguien que acabase de medicarse, y... lo siguiente fue despertar en el hospital.

- ¿No recuerda nada, aunque crea que fue un sueño, una imagen, un ruido, una voz?

El abogado mira incómodo a Fina, pero queda desautorizado por Aveva cuando ésta da inicio a sus reflexiones.

- Hay una voz... una voz que, no sé por qué, las escucho todos los días en mis pensamientos. Es la voz lastimera de mi madre, una maltratada, ¿sabe?, pero que se arrastraba ante mi padre, con sus negocios, viajes y amigas. Mi madre ha vivido muy bien, de buena familia; pudo haberlo dejado y vivir cómodamente, pero no, la muy puta se humillaba una y otra vez para después descargar su frustración en nosotras. Su frustración y su resentimiento... Yo sacaba matrículas de honor en el instituto; les pedí que me dejaran estudiar piano y... ¿se imagina? Me lo negó; me dijo que cuando terminase la carrera me apuntase a piano, hiciese ballet, patinaje, lo que quisiera. Primero debía labrarme un porvenir y luego vendrían las distracciones. Yo le dije que me esforzaría aún más, que mis notas no se resentirían, pero la muy puta no me lo permitió. Luego, cuando me licencié, quiso premiarme con un piano, pero me anticipé comprándome una flauta: la puedes llevar a todas partes y te permite navegar en la música. ¿Conocen la relación entre las matemáticas y la música?

Al ver la expresión absorta de su compañero y el abogado, Fina toma consciencia de la capacidad hipnótica de las palabras de Aveva, que parecen no salir de sus esquivos labios sino de toda su piel, por vibración, en lugar de por cuerdas vocales, y la frecuencia con la que emana es imperceptible pero absorbente.

- Da lo mismo -prosigue Aveva al comprobar que lo único que mueven son los ojos, orbitándolos en las cuencas-, otro día les hablaré de esta relación. Como les decía, esa desdichada voz aparece una y otra vez, la voz quejumbrosa de la desgraciada de mi madre, arrastrándose suplicante. Y esto me lleva a pensar en Elliot y la historia que me contó sobre la empresa francesa plagada de

suicidios. ¿Por qué no lo haría mi madre también y así me hubiese liberado? Quién sabe, aún está a tiempo... -la voz en susurro mana de todos sus poros, rebota en las paredes y amplifica las vibraciones-. Pero ya, ya sé lo que piensan... Suicidio: la plaga innombrable, y no es tan complicado, solo hay que vencer al instinto de conservación con el que nos programaron y al que obedecemos de forma estúpida durante nuestras vidas. Si tu vida es una puta mierda y va a cambiar poco, ¿para qué seguir? -otro silencio en el que aún reverberan las vibraciones-. Ya, esperanza. Esa invención, esa palabra verde que nos tiene arrastrados y sufriendo durante muchas tristes vidas, muchas tristes vidas -repite cavilando lo que pronuncia-. Pero bien mirado, ¿no podríamos hablar de suicidio en vida o suicidio a plazos lo que acontece con muchas tristes vidas? Matrimonios que no deberían existir, gente esclavizada en sus trabajos, tarugos sin horizontes en sus espíritus mas que lo que les programan en la televisión o en los festejos de la ciudad o el pueblo. Podredumbre de espíritu, corrupción moral, muertos en vida...

- ¿Pero escuchó o recuerda algo cuando entró en el apartamento? -Fina decide cortar la deriva de las palabras de Aveva.

- Nada, absolutamente nada -responde categórica.

Levanta la cabeza y se pasa la mano por el cuello, como si el trance hubiese supuesto un esfuerzo. Su presencia lívida se acentúa cuando dirige sus ojos al techo; los límites del rostro se definen gracias al pelo; de no tenerlo tan empeñadamente negro, se fundiría con las paredes de la sala.

Finalizado el particular interrogatorio, Lanza y Fina se quedan conversando con el abogado, que muestra su descontento por cómo ha transcurrido:

- Creo que hemos ido demasiado lejos todos en este empeño por interrogar a mi defendida.

- Ha sido consentido por todas las partes, incluso por nosotros, téngalo presente.

- Debí oponerme... -aunque se lamenta, inculpa con su gesto a Fina-. Pero volvamos a mi defendida: está claro que sigue bajo la influencia de un fuerte shock motivada por la intoxicación de LSD, pero también ha quedado muy claro que requiere de tratamiento psiquiátrico.

- ¿A dónde quiere llegar? -responde Lanza que le mide con la mirada.

- Todos la hemos escuchado, no ha parado de hablar del suicidio, lo ha defendido, lo promulga como un bien social. Si algo le pasase se les caería el



pelo, puedo asegurárselo. Por cierto, quiero una copia de la grabación.

- Está bien, pediremos que le hagan llegar una copia -interviene Fina intentado calmar el diálogo.

- ¿Podría llevármela ahora?

- Ese no es el procedimiento, pero le daré su grabación en unos minutos; a cambio quiero un pequeño favor: un nuevo interrogatorio antes de que el juez nos diga a cada uno hasta dónde podemos llegar. ¿Quiere arriesgarse a que nos dé plena libertad? -Fina pone toda la carta de póker que puede, pero el abogado es perro viejo.

- Inspectora, está llevando esto demasiado lejos, mi cliente no está en condiciones de responder a más preguntas, necesita descansar, no deja de hablar del suicidio...

- No se olvide que la evaluación psiquiátrica la ha calificado como normal. Y no creo que nada de lo dicho la haya perjudicado, al contrario.

El abogado evalúa la situación y accede. Fina, como contraparte, va al departamento técnico para que le hagan una copia de la grabación.

- Requiere de sus plazos y me va a costar un favor, pero tendrá su copia.

Al cabo de la media hora regresa con la copia para entregársela al abogado, pero descubre que se ha marchado. Tampoco está Lanza; pregunta por él pero no ha dejado indicaciones a nadie. No se le caerá el techo encima, piensa Fina. "Patán", masculla: entiende la renuente actitud de Lanza estando próxima su prejubilación, pero con ello divide entre cuatro la utilidad de la experiencia que le presta.

Con todo, Fina se siente satisfecha por cómo ha transcurrido el interrogatorio; el mismo, a pesar de ser posiblemente el más raro que haya tenido, espera les sea de utilidad para establecer las pistas y líneas a investigar. Tiene claro, además, que un caso tan peculiar puede ser el trampolín que precisa para promocionarse y pedir traslado a Madrid. Pero ahora toca imitar al patán de Lanza y largarse: está cansada.

El sol sigue brillando y ha quedado una tarde que invita a pasear por Campo Grande: le maravilla ver a los pavos reales exhibiendo el esplendor de su plumaje, con suma lentitud, para que la cortejada no pierda detalle. Le parece un animal de una belleza anacrónica, poco útil en un mundo de prisas y frugales relaciones.

Esquiva los charcos sin renunciar al placer de escuchar la arena y la grava que ceden bajo su pisada; el frescor se respira, huele a madera mojada, a

hojas goteantes que se bañan en los últimos rayos de sol de la tarde. El mejor momento del día, sin duda. Quizás incluiría un par de fotografías que ha registrado en su mente en el interrogatorio a Aveva: le aturden su lívido y fantasmagórico aspecto, parece que estuviese a punto de desmaterializarse, con lo que perdería el contacto con un mundo paralelo con el que ha establecido contacto por una suerte de combinaciones de la materia, en un espacio-tiempo inatrapable... y gracias a una pierna humana cocida, se dice para volver a la realidad.

Sus divagaciones rechinan cuando ve caminar también por el parque al abogado de Aveva. No parece que disfrute de un estado de catarsis como el de ella, más bien al contrario, su determinado paso indica que todo cuanto le rodea no es objeto de contemplación ni disfrute sino un paisaje a cámara rápida. Activa el paso en pos del abogado, que mueve su masa corporal con un brío que no lo hubiese esperado. De no haberse cruzado con él estaría disfrutando de los sonidos casi selváticos que acaba de dejar al pasar la pajarera en dirección a la Fuente de la Fama; parece que no quisiera llegar tarde a la cita con un ligue, se dice incrédula, y se anota que le dirá a Lanza que le investiguen, pues le resulta curioso que la madre le haya contratado en Madrid cuando en la ciudad hay varios abogados de prestigio. Sin reducir el ritmo, también deja atrás la fuente en dirección al Paseo de Filipinos, pero finalmente tuerce para bordear el estanque. Ha reducido el ritmo y muestra una actitud expectante, de explorador a la búsqueda; Fina anticipa la intención de volverse para mirar tras de sí; aunque les separa una distancia de unos setenta metros, y el parque está concurrido, prefiere interponer en su trayectoria el grueso tronco de un árbol que la oculta completamente. Con cautela se asoma y observa que ha minorado la marcha, que zigzaguea como si preparase el aterrizaje. Fina termina por interpretar la situación cuando ve aparecer al psiquiatra. Toman asiento en uno de los bancos que rodean al estanque. ¿Qué hace el león marino y la tortuga juntos? Desde la distancia no es capaz de distinguir quién es quién en esa conversación: ¿es el psiquiatra el que le da las pautas al abogado? ¿El abogado está urdiendo un plan? Cambia de posición, pero sigue sin poder averiguar quién manda en esa relación de intereses.

Tras varios minutos de vigilancia, aprecia la alternancia en el liderazgo del diálogo que mantienen; es claro que hay un intercambio de información, seguramente útil para ambos, y que puede que el abogado utilice en su estrategia, pero no consigue apreciar que ninguno marque el ritmo: parecen

situarse en un plano de igualdad. Sin gesto previo, el abogado se levanta y se marcha sin mayor protocolo en la despedida ni cuidado por identificar quién puede estar observando a su alrededor. Fina decide abordar al psiquiatra que, todavía en el banco, le dedica una condescendiente sonrisa cuando la ve llegar. Sus ojos gachos, en apariencia relajados, destellan un brillo que avisan de una gran viveza mental.

- ¡Qué casualidad! -es todo el saludo de Fina.

- Tanta que me cuesta creer que este encuentro no sea deliberado.

- Debe creerme si le digo que era la última persona que esperaba encontrarme aquí... y con el abogado.

- Un lugar muy agradable para mantener una reunión de trabajo, se lo puedo asegurar, inspectora.

- Sí, eso he supuesto al verles juntos... ¿Algo de lo que me deba preocupar?

- No, nada, relájese, se ha quedado una tarde muy agradable. Si le quiere quitar hierro al encuentro, piense que era inevitable que tanto usted como él viniesen esta tarde: ambos han estado expuestos a la sugestión de la hipnosis de esta mañana, y en la misma utilizaba este magnífico entorno para ayudar a Aveva a alcanzar un estado de relajación.

- ¿Ha venido también mi compañero, Lanza?

- No, él no, y me extraña, aunque todavía puede aparecer -sonríe socarrón-. Y si no le gusta la idea de estar bajo mi control mental, quédese con la versión de que el abogado y yo hablábamos de cómo ha ido el interrogatorio de la mañana, de que me facilitará una copia de la grabación, y poco más.

## Falta la cabeza

El comisario Martín se ha personado en la Playa de las Moreras para inspeccionar la aparición de un cadáver decapitado. Varias personas lo han visto bajar río abajo hasta que ha quedado atrapado en una red de ramas y troncos que con la crecida del río han ocupado su margen derecha. Fina y Lanza inspeccionan el parapeto de campaña que se ha dispuesto para ocultar a la gente lo que ocurre tras él, pero los comentarios han ido pasando de unos a otros, y ya ha escuchado varias versiones: una de ellas habla de una pareja muerta, otra de un padre que ha perecido al intentar salvar a su hijo. Traspasan el parapeto y comprueban que se trata de un sólo cuerpo al que le falta la cabeza y la pierna izquierda, cortada a la misma altura que la que sirvió de comida de Aveva.

Busca al comisario con la mirada, pero éste permanece ajeno a ambos conversando con el forense. Fina le nota algo hosco, más bien esquivo tras el interrogatorio a Aveva. En parte comprende que haya tomado distancias respecto al caso, pues éste parece tornarse cada vez más escurridizo. Al día siguiente del interrogatorio, el abogado apareció con una orden judicial para que Aveva fuera internada en un hospital psiquiátrico, lo que hizo que el psiquiatra que inicialmente la evaluó, reconsiderase las conclusiones de su propia valoración, dando a entender que el internamiento podría ser una medida positiva. Si bien la estrategia del abogado ha dado lugar al distanciamiento del comisario, éste parece no dar el caso por perdido, o al menos procura ponérselo difícil al abogado; de esta forma consiguió que el internamiento se concediese bajo vigilancia policial. Una ambivalente posición que le permitirá optar por la vía más conveniente según evolucione el caso.

El comisario termina por llamarles con una señal; no es la mala cara, sino la agitación que proyecta la que pone en guardia a Fina. Tras saludarle, prefiere guardar silencio y dejar que hable.

- La misma pierna y el mismo corte... -es todo lo que les dice para invitarles a que completen la frase.

Fina prefiere mantenerse en silencio, tiene la impresión de que les ha lanzado un anzuelo del que no podría zafarse.

- ¿Y el juez? -pregunta Lanza- ¿Por qué tenemos montado todo este circo? Si me permite la expresión, comisario, sólo nos falta cobrar entradas para ver si se dispersa toda esa gente.

Fina cuenta hasta mil preguntándose por qué le habrán asignado a un compañero como Lanza: si alguna vez fue mínimamente competente, no ha quedado rastro de sus capacidades; las mismas se concentran en la repetición de las rutinas del oficio, escaquearse, pero a la vez figurar y saber estar presente.

- No esperamos al juez; él ya se ha marchado. Vienen los de la policía científica de Madrid, así que el circo va a durar un rato: quieren ver el cuerpo tal y como se ha encontrado.

- Quieren minimizar la contaminación -dice pensativa Fina.

- Y también se lo quieren llevar para la capital junto a la pierna.

- Bien, cuanta más información, mejor: más nos facilitan la investigación  
-Fina intenta conferir un tono positivo a sus palabras.

- De eso quería hablarte. Me han llamado del ministerio y me han... sugerido que les pasemos el caso; bien mirado, ellos tienen más medios.

- Acaso duda de nuestras capacidades, ¿jefe? -pregunta molesta. El caso es nuestro y podemos resolverlo; y, por supuesto, podemos colaborar con ellos y facilitarles toda la información de que dispongamos.

- No pongo en duda vuestras capacidades, sino nuestros medios. Es un caso que está generando ruido; además de este circo, mañana estaremos en la prensa nacional. Nos va a tener entretenidos, nos va a impedir dedicarnos a casos que podemos ir resolviendo. Y si tenemos un tropiezo, no sólo habremos perdido tiempo y malgastado recursos...

- Perdone, jefe: ¿le han sugerido o lo han ordenado?

Lanza asiste silencioso a una pugna de intereses. Lo que para el comisario no es sino un caso que puede lastrar las estadísticas de la comisaría, para Fina es la oportunidad que estaba esperando; resolver un caso tan atípico puede suponer su ascenso.

- Me lo han sugerido, pero ya sabes cómo son las invitaciones de los dioses, si no las aceptas...

- Resolveremos el caso -responde convencida-, confíe en mí.

Martín se la lleva a un metro y medio de Lanza, dejando a las claras que es una conversación privada.

- El caso no avanza, volvemos a primera plana con la aparición del cuerpo, y se nos brinda una oportunidad de oro de quitarnos de en medio sin tener que pagar ningún peaje. Si después el caso se nos queda empantanado, nos pasará factura.

Sutil, pero directo. Fina interpreta que, llegado el caso, ella será la cabeza de turco que Martín tendrá que ofrecer.

- El caso no ha hecho más que empezar -dice sin mucho convencimiento-, necesitamos seguir investigando.

- ¿Es que no lo ves? Si el cuerpo no ofrece una mínima prueba que permita inculpar a la detenida, el abogado no tardará en pedir la libertad. ¡No tendrás nada...! -se lo piensa-. Salvo un cuerpo decapitado -añade con una oscura ironía.

- Asumo toda la responsabilidad: si fracaso tendrás mi cabeza.

A Martín parece no valerle la palabra, y le extiende la mano para cerrar el trato; ella la aprieta sintiendo las callosidades de la palma de él como una advertencia.

Mientras esperan la llegada de la científica, Lanza felicita a su jefa por haber mantenido las riendas del caso.

- Mi cabeza está en juego -responde pensativa.

- Seguro que los de la científica nos aportan información valiosa; a poco que tengamos algo de tiempo estoy seguro avanzaremos en el caso y sabremos qué fue de Elliot.

- Elliot... -es toda la respuesta de ella a la ufana visión de su compañero.

A diferencia de otras ocasiones, no pasa la pelota; al contrario, muestra el empuje que tanto ha echado de menos desde que se lo asignaron como ayudante. Lo celebraría de no haber descubierto que Lanza está bajo el dominio mental de Aveva. Fue un descubrimiento casual en la revisión de la grabación del interrogatorio: quería observarla, ver cómo se comportaba; pensaba que ignoraría la custodia de Lanza mientras ella negociaba con el psiquiatra y el abogado; la imaginaba tocando el piano sobre la mesa obviando por completo la presencia de él, pero lejos de orillararlo y hacerle el vacío, decidió convertirlo en su esclavo. Lo hizo de forma sutil, susurrante como la voz que emana por sus poros: le preguntó, impostando los gestos nerviosos de una adolescente, si creía en los efectos de la hipnosis o pensaba que era una chorra. El pasmo de Lanza vino acompañado de balbuceos que indicaban que no quería desagradarla. Ella aprovechó el desconcierto de él, y de inmediato le explicó que había asistido a varios talleres para ayudar a la gente a dejar de fumar; con buen resultado, le aseguraba, por lo que no debía suponer mayor complicación quitarle ese mal hábito y mejorar su salud.

- Porque, ¿no querrás que te siga acompañando ese olor a cenicero, verdad?

¿Qué iba a contestar el infeliz de Lanza? A Aveva le sobró la mitad del

tiempo que duró la reunión que mantenía Fina con el abogado y el psiquiatra al otro lado de la puerta. De ésta forma, él se convertiría en confidente y la informaría de cualquier novedad o avance; también haría lo posible por entorpecer el progreso de la investigación. En cierto modo era culpa suya, se decía Fina, por haberle dejado a solas con las manos, ojos y voz de Aveva: imposible no sucumbir.

Cuando lo descubrió, no supo cómo tomárselo: quizás podría haberla acusado de obstrucción a la justicia si es que algún juez admitía como prueba la grabación y, sobretodo, los presuntos efectos de la hipnosis. No tenía, por tanto, sino un caso de manipulación, pero ¿qué reo no intenta manipular a su captor? Decidió, en consecuencia, dejar hacer a Aveva y permitir que Lanza la visitase al hospital.

Tras dos cafés en las inmediaciones y la penitencia de la compañía de Lanza, por fin terminan por llegar dos compañeros de la científica de Madrid. El forense les informa del hallazgo y les muestra el lugar donde quedó varado el cuerpo. Una vez inspeccionada la zona, el recinto que delimita el parapeto es desalojado para que puedan examinar el cadáver; junto a ellos permanecen el comisario y el forense, que observan la minuciosidad con la que actúan. Fina, desde la distancia, aguarda hasta que la pareja de la científica concluye el examen y comienzan a envolver el cuerpo en una bolsa de transporte de cadáveres. Dan indicaciones al forense para que les facilite la recogida de la pierna, almacenada en el instituto anatómico forense; se desprenden de los monos blancos, y uno de ellos, inspector, es el encargado de informarles; el comisario hace las presentaciones a Fina y Lanza, y tras las mismas justifica que se lleven el cuerpo y la pierna a Madrid:

- La científica de allí está trabajando con nuevas técnicas basadas en el estudio de pruebas genéticas.

Fina conocía de qué hablaba, pero ante la cara de extrañeza de Lanza, el inspector de la científica debe aclarar:

- En este caso puede cobrar especial importancia el análisis de los restos biológicos del agresor que pueda portar la víctima. Son técnicas todavía muy novedosas, pero el año pasado ya se utilizó, por primera vez, el análisis del ADN en un caso de agresión sexual.

- ¿Y cómo nos ayudará todo eso? En el supuesto de que identificase unos restos, ¿quién le dice que sea del agresor? ¿Y si un pescador se lo ha encontrado río arriba y tras llevarlo a la orilla ha preferido dejarlo seguir para no

complicarse?

El pragmatismo de Fina sorprende al inspector, haciendo que el comisario intervenga:

- Os lleváis el cuerpo, pero el caso seguirá aquí -explica al inspector-; desde Madrid sospechan que hay una banda tras el crimen -se dirige a Fina-: parece ser que la amputación de miembros es su seña de identidad.

Fina se queda cavilando lo que acaba de escuchar. Lanza no termina de interpretar la cara de cabreo que pone; el inspector de la científica, con su carraspeo, parece anunciar su intención de despedirse.

- ¿Y si no encuentran ningún rastro del asesino? -Fina aborta cualquier posibilidad de escapatoria.

- Desconozco las investigaciones que se puedan estar desarrollando sobre esa banda; yo me limito al laboratorio y facilitarles un informe.

- ¿Conoce usted alguna, jefe?

- No me han hecho llegar esa información -responde seco, intentando sofocar el conato de sublevación de Fina.

- Está bien, está bien -dice ella meditando-, entonces, si el caso se lleva desde aquí, tendremos acceso al resultado de los análisis, ¿verdad?

- No creo que haya inconveniente -responde el inspector.

- Por lo que ha visto, ¿diría que es español, británico, nórdico? -Lanza la mira y ella sabe que ha adivinado que está tras la pista de Elliot.

- Al no disponer de la cara, se nos ocultan rasgos definitorios, no obstante, creo que cuadraría con cualquiera de las nacionalidades que me refiere: las clavículas de los caucásicos suelen ser anchas, y la víctima las tiene; el bello y el color de la piel nos invitan a descartar que sea asiático. En cualquier caso, es pronto para saber con certeza su procedencia.

- ¿Podría haber sido deportista?

- Su complexión así lo indica: se aprecia un buen desarrollo muscular.

- ¿Nos puede decir algo del arma, la causa de la muerte?

El inspector aguarda un momento, como si estuviese ordenando sus pensamientos.

- A ver... la pierna parece haber sido cortada a hachazos, pues se aprecian varios puntos de incisión; puede que fuese un cuchillo de carnicero, pero haría falta un buen brazo. La cabeza parece haber sido cortada con el mismo arma.

- ¿Algo más?

- Sí, pero hasta que no lo analice no podré saber de qué se trata, por lo



que no deja de ser una especulación lo que les diga -advierte incómodo.

- Adelante, por favor.

- Aparte del desmembramiento y la decapitación, la única señal de violencia parece que es la huella del tobillo: puede que estuviese atado antes de que lo matasen o puede que hundieran el cuerpo con un lastre.

- Pero es extraño que no lo asegurasen mejor porque acabó por soltarse... o alguien lo soltó.

- Quizás no ataron bien el tobillo, quizás tenían prisas, quizás lo soltaron, a saber -recalca el carácter especulativo de sus palabras.

- ¿Cree que podían querer que terminase por soltarse?

- No lo sé, no lo sé -agita las dos manos para zanzar el improvisado informe que está emitiendo-; puede, pero las marcas en el tobillo parecen indicar que estuvo fuertemente sujeto: es todo cuanto puedo decir con mediana seguridad; cuando analice los restos en el laboratorio podré ser más claro.

Cuando se disuelve el circo, Fina prefiere volver andando. Tiene que ordenar sus ideas, aclarar el cada vez más inestable terreno que pisa. En su trabajo ha terminado por acuñar un dicho que le sirve para poner las cosas en perspectiva: "Cada día alucino más, pero me sorprende menos". Por propia experiencia conoce que la realidad supera con creces la ficción, pero no por ello dejan de pasarle factura las sucesivas adversidades con las que tiene que bregar. Intenta, no obstante, positivar la situación; así, espera que la investigación de la científica aporte algún dato que permita avanzar de manera decisiva en la investigación. Entiende que Martín le facilite la información con cuentagotas: ella habría obrado de igual manera si, como afirma el comisario, no dispone de toda la información sobre los otros asesinatos investigados desde Madrid. Y para colmo, Lanza, el muy patán, bajo el dominio mental de Aveva está lejos de poder ofrecer la más mínima ayuda; por más que lo intenta, para él no tiene versión positivista.

## Elliot

Transcurridas tres semanas desde que encontrasen a Fina afanada en despacharse la pierna cocida, siguen sin saber a quién pertenecía. La investigación ha ido sorteando obstáculos, pero no han conseguido ningún avance significativo que les permita vencer las resistencias que el comisario ya expuso a las claras. Éste ha tomado distancias ante las dificultades que han ido surgiendo. El informe de la policía científica de Madrid tampoco ha proporcionado una información determinante, no obstante sí viene a esclarecer parte de lo ocurrido a la víctima: las marcas del tobillo fueron realizadas post mortem; la extraña coloración que rodeaba el tobillo se debía a los restos de la tripa de cerdo con la que fue atado. Dado que ésta es biodegradable, cabe considerar que quien echó el cuerpo al río esperaba que la descomposición de la tripa y los peces terminasen por liberar el cuerpo del lastre que lo mantenía sumergido. La descomposición homogénea del cuerpo indica que no ha estado expuesto al sol, sino que ha permanecido sumergido unas tres o cuatro semanas, es decir, el mismo tiempo que ha transcurrido desde que se descubrió la pierna cortada, lo que lleva a considerar probable que el asesinato, el desmembramiento y el hundimiento del cuerpo en el río tuviesen lugar en el mismo día o en días muy próximos, al igual que la cocción de la pierna. Esto la ha llevado a repasar con exhaustividad las agendas de todas las personas relacionadas con el caso, pero todos presentan coartadas contrastadas. No obstante, convencida de que el encuentro en Parque Grande entre el abogado y el psiquiatra no fue fruto de la casualidad, abrió sendas investigaciones para conocerles al detalle. De esta forma ha conocido que el psiquiatra desarrollaba una intensa actividad profesional hasta que le llegó la prejubilación, precisamente, en el hospital en el que han internado a Aveva, por lo que, deduce Fina, podrá andar a sus anchas y conseguir ver a su paciente. La prejubilación no debe suponerle dificultades económicas, pues mantiene abierta la consulta privada en el pisazo donde vive, cerca de Campo Grande; piso heredado, lo mismo que la finca que posee en las afueras del mismo pueblo que su sirvienta. El único punto oscuro es el hijo de ésta, camello con antecedentes y fallecido en un ajuste de cuentas. El informe del abogado, por su parte, ha puesto en evidencia el currículum de un experto en lidiar con asuntos turbios: regularización de capitales en el extranjero, narcotraficantes, bandas violentas, sobornos, corrupción y un largo etcétera. Un pez de cuidado que se ha movido siempre en aguas peligrosas.

A Lanza ha preferido tenerlo todo lo ocupado que ha podido: le puso a investigar el apartamento, y comprobó con el propietario que Aveva hizo lo habitual de quien lo alquila: si tienen tiempo, van con antelación para examinar que está todo en orden y limpio. Luego le ocupó con el móvil y la tarjeta de prepago que supuestamente le dio Elliot, no pudiendo los técnicos sino verificar que realizaba llamadas a una tarjeta también anónima, y que recibió llamadas de un número anónimo. Acompañó a Lanza para entrevistar a la madre de Aveva; cuando preguntaron por las razones del distanciamiento con su hija, no ocultó la incomodidad que le producía.

- Siempre quiso llevar la contraria al viento. Pudo haber hecho carrera en cualquier banco, en el cuerpo superior del estado, en multinacionales; pudo haberse casado con un hombre de provecho, alguien que la cuidase, pero terminó por sacarse unas oposiciones de ayuntamiento y encamarse con un segurata de discoteca.

La perfecta hiena que antepone la jerarquía social por encima de todo. También le mandó investigar al exmarido de Aveva: varios testigos y cámaras de seguridad le ubican en diferentes locales de alterne el día en el que Aveva engullía la pierna. El entorno laboral de Aveva tampoco ha supuesto mayor interés para la investigación, resultando ser tal y como lo describió: personas que basan sus vidas en un abecedario de pocas letras: la televisión, el intercambio de recetas, el fútbol, las tribulaciones familiares. El jefe de Aveva terminó por aparecer. Dos días sin llamar, después de que finalizara el congreso de urbanismo en Las Palmas, le hacían ganar papeletas como posible víctima, pero finalmente apareció, y con las dos piernas.

Una tras otra, las pistas e indagaciones desarrolladas han conducido el caso a un punto en el que la actitud del comisario, distanciándose del caso, supone una opción más que aconsejable e inteligente. Consciente de ello, Fina ha jugado el último cartucho de la munición de que dispone: el de Elliot, justo hacia donde Aveva se ha empeñado conducirlos desde el inicio; y es el motivo por el que Fina ha preferido mantener a Lanza ocupado y ajeno a sus investigaciones. A pesar de ello, que le haya mantenido en la distancia no significa que no se haya percatado de la estrategia de Fina: es un patán, pero no imbécil, al contrario, pues su condición de superviviente le obliga a desarrollar especiales capacidades para estar, aparentar y parecerlo, cuando en realidad no tiene mayor compromiso que el fichar a su hora y cobrar a final de mes. Para colmo, desde que Aveva lo hipnotizase y sometiese su voluntad, a la experimentada capacidad de escaqueo ha unido la del sabotaje de baja intensidad, de manera que cada vez

que tiene oportunidad, no duda en poner una piedra en el camino o pronunciar una palabra de desánimo. Su condición de siervo de Aveva, no obstante, no atraviesa su mejor momento desde que se ha enterado de que el abogado ha accedido a mantener un nuevo interrogatorio: parece como si hubiese fallado a su ama, y un castigo se cerniese sobre él.

El abogado había mantenido fuerte el cerco trazado alrededor de su defendida tras el internamiento ordenado por el juez, pero tras la aparición del cuerpo en el río, la excarcelación de Aveva parece más que probable. No obstante, Fina le ha hecho ver que podría ser ordenada una evaluación psiquiátrica independiente con la que el juez podría tomar otras decisiones. Pero lo que parece haber sido determinante para que haya accedido a mantener un nuevo interrogatorio es el hecho de que el mismo tenga por objeto esclarecer el paradero de Elliot, otro extraño personaje en el desconcertante entorno de Aveva: un león marino acostumbrado a las aguas turbulentas de mafiosos y sanguinarios excombatientes; un psiquiatra con aire de tortuga despistada, pero que parece estar siempre vigilante y en guardia para lanzar un fulminante ataque; una hiena por madre que por encima de todo valora el estatus, un ex que... Cualquiera en lugar de Aveva se hubiese echado en los brazos de Elliot o se hubiese inventado su existencia: vivía en un ecosistema propicio para huir, pero hacerlo como lo hizo... ¿Y por qué lo hizo? Si de verdad su mente es privilegiada, debía tener una razón para obrar de esa manera. Aunque Elliot no hubiese sido su último cartucho, no faltan razones para investigarle.

A regañadientes, Lanza ha acudido al interrogatorio; Fina temía que a última hora encontrase una excusa para no personarse, pero bien mirado, el servicio que le presta a Aveva puede ser más útil en persona. El abogado está con ella, dándole consignas en un susurro grave. El descanso y la convalecencia le han sentado de maravilla, el pelo le ha crecido y luce un negro opaco; sigue con la misma vocecita, voz en cuello, como si se estuviese confesando con el párroco. Fina ha practicado la imitación de su voz, y ya casi le sale como a ella, con toda naturalidad. El interrogatorio será un buen momento para afinarla.

Le pregunta si el descanso le ha permitido recordar algo; ella responde que, de haberlo hecho, se lo hubiese comunicado. Pasa a la adulación y le dice que se observa una franca mejoría en su aspecto. Aveva, esta vez, ya por fin, levanta la mirada y dirige sus faros azules hacia ella como toda respuesta. La mirada se posa después en Lanza, que se muestra notablemente incómodo. ¡A quién se le ocurre tener por siervo a un patán! Se sonrío Fina, sabedora de que lo

que está a punto de desvelar dejará al patán en peor estima.

- Bien, háganos de Misael, de Milos, de Vojislav, o si lo prefieres, simplemente de Vojis.

El abogado se apresura a poner una mano sobre el antebrazo de Aveva para prevenirla de que no hable; él, contrariado, mira con enfado a ambos policías. Lanza ofrece cara de extrañeza para indicar que no sabe de qué están hablando.

- Mi defendida no conoce a nadie de los que ha mencionado.

- Tengo mis dudas, y preferiría que fuese ella quien nos aclarase.

- Si quiere preguntar por el caso, estaremos encantados de escucharla; si no, podemos dar por concluida la reunión.

Fina observa que Aveva no se inmuta, aunque le da la impresión de que permanece atenta a su abogado.

- Eso es algo que creo debe valorar su defendida, abogado: si, como dice, no tiene ninguna relación con esos personajes y no ha recordado nada durante su convalecencia, fin de la historia. Pero tanto esos personajes como el grupo inversor que dirigen, según he podido averiguar, están siendo investigados por la Audiencia Nacional. Parece ser que hay una trama de adjudicaciones de obras públicas por las que el grupo inversor está resultando beneficiado de manera sistemática.

- Todas las adjudicaciones cumplen con la legalidad -responde expeditivo.

- A ver si me explico: podemos tratar el caso desde un enfoque doméstico o, si nos enrocamos en la legalidad de las adjudicaciones, podemos llamar a la Audiencia y dejar que sean ellos los que averigüen si existe alguna conexión con su defendida. Insisto: creo que es ella quien debe valorarlo.

Sobrevienen unos segundos de desconcierto en los que el abogado y su defendida no terminan por trenzar dos frases y parece que tienen opiniones contrapuestas. El abogado solicita unos minutos a solas para poder aclarar con su defendida la postura a tomar. Fina y Lanza salen de la sala; éste la mira de hito en hito, como esperando alguna aclaración que no termina por llegar.

- Podías haberme dicho algo -dice Lanza esforzando el tono amigable para que no suene a reproche.

- Teníamos muchas cuestiones que investigar -responde diplomática-, y no quería que nada te distrajes de tus indagaciones.

Queda sumido en un gesto de contrariedad que se vuelve más gris cuando a los pocos minutos regresan a la sala. El abogado hace lo posible por mostrar su

buena disposición a colaborar, en interés a su defendida, y en un ámbito doméstico, sin necesidad de elevar el caso a otros tribunales. Fina coge aire, como quien coge carrerilla antes de derribar una puerta, y comienza a desgranar quién ha resultado ser Elliot y el clan de los bosnios:

- A la cabeza, el coronel Milos Sercevic, que detenta el mando desde la guerra de los Balcanes y lo hace con mano de hierro para mantener la disciplina interna. Su hijo Vojislav, con problemas mentales desde antes de la guerra, es conocido como "Vojis el sanguinario"; se cuenta de él que le gusta practicar rituales caníbales para fortalecer el espíritu del grupo y amedrentar al enemigo - dedica una mirada en derredor: Aveva no se inmuta, el abogado tuerce la mirada, Lanza parece estar a punto de caminar por el techo-. Misael Glinka, profesor universitario antes del conflicto, es el relaciones públicas, la cara amable, el seductor. Como bien sabe el abogado, los tres dirigen un grupo inversor internacional que provee de servicios a multitud de ayuntamientos y organismos de varios países. Servicios de limpieza y recogida de basura, servicios de mantenimiento, de transportes... Cualquier servicio público que exista, ellos son capaces de prestarlo, y no siempre al mejor precio, por lo que cabe preguntarse: ¿cómo consiguen las adjudicaciones en concursos públicos? Se dice que utilizan métodos poco ortodoxos, de hecho tienen varias causas abiertas en nuestro país que son defendidas por usted, ¿correcto? -el abogado asiente-. Me pregunto si Elliot no será una mezcla de los tres -pone la mano sobre el punto de la mesa en el que Aveva parece concentrada para captar su atención-, o puede que sea Misael, el guapo: quizás éste se entrevistó con el ayuntamiento para interesarse por una licitación, quizás la conoció a usted y comenzaron a verse. ¿Una licitación de los servicios de limpieza, de ahí que usted lo refiriese como una red de "limpiadores"?

Aguarda varios segundos hasta que Aveva admite:

- Es verosímil la conjetura, pero no es Elliot ni he tenido ninguna aventura con él.

- Sí, claro que es verosímil, por supuesto -no puede evitar un hilo de sarcasmo-: según me informó su jefe, le visitó en el ayuntamiento para ver si podía orientarle en el precio en el que debía moverse la oferta que querían presentar. Y sobre la relación con usted... -demora la información hasta que los tres están pendiente de ella-, su jefe dice que no me puede asegurar que haya estado en contacto con Misael, pero tampoco es capaz de lo contrario. Debemos, por tanto, dejar abierta esa posibilidad.

- Inspectora -interviene el abogado-, su empeño por querer relacionar a

mi defendida con mis otros clientes aparenta tener una cierta obstinación personal, y aunque prefiero no valorar sus opiniones, debo decirle que nada de lo dicho sobre mis clientes se ha llegado a comprobar, y se terminará demostrando que las acusaciones no son sino maniobras de la competencia.

- Tiempo al tiempo -responde Fina-. El caso es que la pierna que se estaba comiendo -extiende la mano hacia Aveva-, encaja perfectamente con las prácticas de intimidación del cachorro del clan, de Vojis el sanguinario: según el informe de la Interpol, se le atribuyen varias matanzas en los Balcanes.

- Acusaciones sin fundamento: no se llegó a demostrar nada -interrumpe el abogado.

- Lo sé. Ese mismo informe recoge que un equipo de asesinos a sueldo ha ido liquidando, uno a uno, a los testigos antes de que se celebrasen los distintos juicios. Estos testigos referían, entre otros sus métodos de tortura, la amputación de falanges, comerse la carne delante del torturado, y echarles los restos y huesos a los perros. ¿Lo sabías, Avelina? ¿Me vas a contar lo que sucedió? -al abogado se le dibuja una expresión de extrañeza al escuchar el nombre de pila de su defendida, pero la afectada no muestra reacción por ello.

Tras un silencioso intercambio de miradas, niega con la cabeza.

- No. No sé qué ocurrió.

- Sigues sin ponérmelo fácil. Y si no consigo nada que me permita avanzar, creo que hay suficientes indicios para hacer valer ante la Audiencia Nacional que prestaste tu logística a esta pandilla de salvajes.

- ¿Sin cadáver ni móvil? -replica el abogado.

- La científica de Madrid ha investigado los restos; me consta que hay interés por el caso... -deja caer la insinuación de que ese interés puede dar un paso adelante-. Su defendida ha declarado, lo tiene en la grabación que le di, que un grupo de "limpiadores" se dedicaban a "limpiar" personas; el ayuntamiento al que acudió Misa publicó, precisamente, una licitación para los servicios de limpieza... Creo que es un cúmulo de cosas dispares que se empeñan en apuntar a la misma dirección y que a la Audiencia puede interesarse; de hacerlo, incordiaría a sus clientes, y seguramente sería un obstáculo para sus negocio que dificultaría poder concursar en otras licitaciones: a ningún alcalde le gustará saber que se dedican a trocear y comerse a quienes se oponen a sus intereses.

El abogado se agarra las sienes. Eleva el mentón hacia el techo; en esa posición remira a Aveva; parece que quisiera reprenderla, pero entreabre los ojos evidenciando la contrariedad del momento.

- El subinspector ha investigado las cuentas de su madre -continúa Fina

con el propósito de no conceder tregua; Lanza baja la mirada, aunque seguramente ya informaría a Aveva-: a pesar de que tiene una buena jubilación y una situación saneada, no podría afrontar la minuta del despacho de su abogado. Esto me lleva a pensar que posiblemente el clan lo haya enviado "gratis" para conseguir su libertad y para asegurarse de que no hable, en el caso de que usted tenga información que les pueda comprometer.

- Es absurdo, es el abogado que ha traído mi madre; pregúntenle a ella por sus cuentas; quizás mi padre le dejó dinero bajo una losa

- ¿En serio quiere que lo hagamos?

- Me estoy quedando perplejo por la deriva de este interrogatorio - interviene el abogado.

- ¿De quién era la pierna, Avelina? -vuelve a llamarla por el nombre de pila; aunque no lo demuestra, debe molestarla-, estoy segura de que conocías a la víctima.

Cruza los brazos sobre el pecho anunciando que adoptará una posición defensiva numantina.

- De algún pobre infeliz, qué duda cabe, pero no le puedo ayudar a ponerle nombre.

- Está bien... -dice con tono cansino-. Antes de que se me acabe la paciencia, vamos a ir descartando posibilidades. Te voy a poner unas fotografías y me tienes que decir si conoces a alguien; entre ellos están los miembros del clan.

- Inspectora, está coaccionando a mi cliente.

Fina hace caso omiso y extiende con rapidez ocho fotografías.

- Ninguno. No reconozco a ninguno -responde inmediatamente.

Es Fina ahora quien se agarra las sienes. Respira profundamente como el saltador de altura que afronta el último intento.

- No me has dado nada que permita que avance el caso... -le reprocha con tono condescendiente-. No me dejas otra opción que pasarlo a la Audiencia Nacional, con todo lo que supone: serás trasladada a Madrid, tendrás que olvidarte de las visitas de tu hija y, ya sé que me has venido a decir que el abogado ni te ha coaccionado ni negociado contigo, pero si abrimos la puerta a la Audiencia Nacional, sospecho que tu relación con él va a cambiar, y si tienes algún trato, si has pactado con él que no toquen a los tuyos, puede que esa inmunidad se desvanezca.

El abogado intenta protestar, pero Fina le acalla advirtiéndole que su defendida debe considerar seriamente prescindir de la defensa, convertirse en



testigo protegido y declarar libremente. Tras varios segundos de cabeceo rítmico, Aveva, reacciona con otro suspiro con el que exhala un quejido envuelto en aire.

- Quiso ser mi pareja.

Nadie dice nada esperando que aclare a qué se refiere.

- Quiso ser mi pareja hace unos años: Íñigo.

Vuelven a quedarse a la espera de una nueva aclaración que no llega y que termina por reclamar Fina.

- ¿Y eso qué tiene que ver?

- Es complicado de explicar, incluso a mí me cuesta entenderlo, pero sé que algo tuvo que ver. Es un experto en sugestión y le gusta experimentar con toda clase de drogas y nuevos métodos. Hace años, al poco de terminar la carrera, me sugirió que me casase con él. Lo tomé a broma, pero él persistió, y cuando estaba a punto de separarme de mi marido, me vino a decir que necesitaba alguien que cuidase de mí y de mi hija. Desde no hace mucho, ha vuelto a planteármelo añadiendo la idea de que con algo de sugestión y algún fármaco euforizante, me proporcionaría una vida más llevadera, sin necesidad de preocuparme del día a día. Aquello ocurrió unas semanas antes del suceso, y no sé por qué, creo que tiene alguna relación, pero no sabría explicarla.

## El clavicordio

Fina está plantada en la puerta del domicilio del psiquiatra. Ha acudido sola, y se pregunta si habrá sido buena idea: tiene la sensación de que, en cierto modo, su visita es el siguiente paso de una secuencia de acontecimientos que parecen estar conducidos por una mano invisible: la increíble historia sobre Elliot, el abogado de mafiosos, el sibilino psiquiatra. Debiera haber venido acompañada, al menos, con Lanza, pero recela de su lucidez y de que tenga pleno dominio de su voluntad. Abre la puerta una mujer de aspecto hombruno. Es más alta que Íñigo, y de facciones muy diferentes, por lo que no debe ser hermana o familiar cercano; deduce que debe tratarse de la asistenta o criada al preguntar a Fina si quiere ver "al doctor Íñigo".

- Sí, pero no es una cita: se trata de una visita personal.
- Espere un momento -suena a orden militar.

La comandanta desaparece con su cara redonda de carrillos macizos en la que aún se le marcan los coloretos de la niña de pueblo que tuvo que ser. Calibra que su espalda debe ser casi el doble que la del psiquiatra, lo que la lleva a pensar con algo de desagrado en una escena de cama, más bien de dominación de ella sobre él; sería una sorpresa que fuese al contrario. Interrumpe la deriva de sus pensamientos cuando repara en la figura de sí misma que refleja el espejo del recibidor: tampoco ella tiene mucho de qué presumir con un aspecto que anticipa la futura figura de mesa camilla que tendrá: posaderas demasiado gruesas por más dieta y ejercicio que haga, brazos con el doble de perímetro que los de Aveva, una barriga cervecera que avisa que si se descuida tendrá el aspecto de contener dos estómagos. La naturaleza la ha dotado con la alforja de la inteligencia; la de la belleza no entra en el lote, y la de la juventud, a estas alturas, está casi vacía.

Disimuladamente cachea la pistola y termina de abrir la cremallera de la cazadora por si las cosas se ponen feas. Se tranquiliza y vuelve sobre su imagen en el espejo, ahora con la cazadora abierta: aunque la mona se quede mona aun vestida de seda, ella no permitirá ser engullida por el manto invisible de lo feo y anodino. Nada de lo que se tenga que preocupar Aveva, privilegiada con una figura y el magnetismo de la extraña belleza de acero con la que nació. Aún le parece increíble imaginársela devorando carne humana, pero así fue como la conoció.

- Esta Asun, esta Asun -se escucha llegar la voz del psiquiatra

quejándose en una tonalidad que imposita la del abuelito cuenta batallas.

Abruptamente, Fina deja las divagaciones sobre los privilegios de la genética. Carraspea para aclararse la garganta y vuelve a cachearse la pistola; está preparada.

- Qué mujer, siempre tan seca.

La saluda en el recibidor, con su desconcertante apariencia: afable y más bien poquita cosa, pero de mirada aguda y un cuerpo capaz de reaccionar con brío. Estrechan las manos; la de él, como siempre, blanda, desganada, casi esquiva y forzada por las normas de cortesía.

- Pase, por favor, la esperaba.

Fina le dedica una mueca de sorpresa que el psiquiatra no recibe al haberse girado, por lo que le pregunta el motivo. Asun se queda en la cocina. El pasillo, lleno de estanterías con libros y objetos de todo tipo, delata la antigüedad de la finca: es un rectángulo a cuyos lados se distribuyen una docena de puertas. El despacho es de las primeras; también el que debe ser el dormitorio de Asun, que está entreabierto. Dejan atrás la puerta de un salón que parece más bien una biblioteca; por delante, varias puertas cerradas y la última, al fondo del pasillo, parece ser que es a donde se dirigen.

- No hay nada de especial en haber adivinado que vendría -carraspea y mueve la mano en un gesto que pretende quitarle importancia-: me dedico a averiguar qué sucede en nuestras cabezas.

Se gira brevemente para dedicarle una sonrisa con un brote de soberbia.

- ¿Y puede predecir qué va a suceder? -Fina le desafía con una pregunta que hasta a ella le suena demasiado agresiva, rayana en lo tosco.

- Uy, no me sobreestime -el psiquiatra oculta su reacción a lo que parece considerar una pregunta zafia.

Llegan a la última puerta, metálica, pesada, se pregunta si será una habitación del pánico. Al entrar entiende que aquella amplia estancia haga de caja acorazada: rebosa suntuosidad en todas las formas posibles: antigüedades, cuadros, muebles, vasijas, incunables, alfombras, un clavicordio con el interior de la cubierta decorado con un paisaje y los laterales con incrustaciones cirílicas. Un museo en miniatura. Le ofrece asiento en uno de los pufs que rodean una mesa baja de estilo árabe. Llama a Asun para que les sirva el té.

- Por lo que he visto en comisaría, usted es de té, pero si quiere le puede hacer un café.

- No, está bien -dice ensimismada en la identificación de los objetos que atestan la sala.

La aparición de la comandanta Asun le permite terminar de ojear cuanto le rodea y hacerse una composición de lugar.

- Siga, siga -anima a que Fina continúe el examen visual-, a ver si así le da por visitarme más a menudo -bromea.

Es un salón enorme que podría hacer las veces de tienda de antigüedades o, más bien, de esa clase de tienda de decoración ecléctica en donde caben todos los estilos y épocas. Objetos tribales, sables, una chaise longue de época, jarrones... y como elemento de contraste a la exuberancia decorativa, no hay lámparas, sino luces de bajo consumo colgadas de los cables, sin mayor artificio ni presentación.

- ¿Visitarle más a menudo? -pregunta reflexiva sin esperar respuesta-. ¿No querrá ser tan amigo conmigo como lo quiso ser de Aveva?

Por cómo fuerza la sonrisa, no ha encajado bien lo que acaba de escuchar; parece que le doliese el estilo deliberadamente agresivo que está empleando Fina, pero inmediatamente muda la expresión de desagrado por otra en la que asemeja un animal oliendo el rastro; no sabe si intenta cazar el rastro de una presa o husmea la presencia de un depredador: mentón levantado, labios hacia dentro, las aletas de la nariz abriendo y cerrándose.

- No he sabido explicarme -termina por decir el psiquiatra-: pretendía ser cordial y generar un clima confortable entre nosotros, de hospitalidad, pero sin la intención de molestarla.

Fina le quita importancia, y a continuación le desvela la confesión de Aveva, según la cuál la pretendió. El psiquiatra le explica con naturalidad que cualquiera en su situación no puede abstraerse al síndrome de Fausto: una mujer joven, guapa e inteligente a la que la suerte no le ha acompañado en las diferentes etapas de la vida, con un hijo que mantener, con un ex que no le facilita las cosas, con unas relaciones familiares complicadas. Y cualquiera como él, con una situación económica más que resuelta, se postularía a ser su pareja.

- Ya, ya -ante la expresión impasible de Fina se apresta a explicar lo que quiere decir-, me dirá que no he dicho nada del amor ni la diferencia de edad de ambos, pero seamos prácticos. Lo que le ofrecía era una relación basada en el respeto y el intercambio... bien entendido éste: muchas parejas inician su convivencia con grandes esperanzas y una idea confundida de lo que en realidad es la vida, y terminan por embarcarse en hijos, la hipoteca, los dos coches, el apartamento de la costa, más préstamos. Y un buen día resulta que se sienten en una isla plagada de obligaciones, pero desierta de inquietudes y carente de las emociones y la pasión que años atrás inflaban las velas de sus vidas. ¿Qué fue de

aquella curiosidad que movilizaba el entusiasmo y la energía de sus voluntades? Los ves convertidos en cuidadores de niños, personalidades adocenadas por los gastos que deben afrontar, caras a las que les resulta imposible disimular el amargor aunque un sábado noche se permitan una escapada sin niños. Y después de que el rodillo de la rutina los muele día tras día, mes tras mes, año tras año, alcanzan el estado de invisibilidad: sus figuras... se desdibujan -no pasa inadvertido a Fina el esfuerzo que ha hecho para no ofenderla-, sus rostros se redondean quedando convertidos en zombis funcionales que se funden con la masa y para los que la pareja queda convertida en un intercambio de transacciones: dinero, comemos, dormimos, compramos...

Asun aparece y pone fin a la perorata del psiquiatra. Porta una bandeja llena con todos los útiles para que cada cual se sirva la cantidad de té que prefiera. La deja sobre la mesa baja sin que su corpulencia tenga dificultad en agacharse. Varias teteras metálicas y dos vasos de estilo moruno, un azucarero de porcelana con grabados chinos, cucharillas con mangos culminados en filigranas de cristal de Murano. Apabulla, intimida coger nada ante el riesgo de que se pueda caer; quizás por ello el suelo de madera y las alfombras que amortiguarían el impacto. Una cajetita de plástico para la sacarina es el único elemento discordante, a pesar de los dispares estilos del salón; se diría que es rayana en el mal gusto: un plástico reciclado compartiendo bandeja con joyas y artesanías.

Al marcharse la sirvienta, a Fina le viene a la cabeza la imagen de una carnicera portando al frigorífico los cuartos traseros de una res; no tendría ninguna dificultad en descolgarlos del gancho y llevarlos sobre sus hombros para despiezarlos con golpes secos, contundentes, certeros. Como los que recibió la víctima al decapitarla y cortarle la pierna.

- Yo prefiero el mestizaje -dice el psiquiatra para animarla a la degustación-. Después de tantos años, mi paladar está capacitado para distinguir el té negro del verde, el blanco del rojo el azul. Admito que es una aberración para los puristas, pero ¿por qué renunciar a los placeres si puedes disfrutar de todos a la vez? Además, debo controlar la tensión, y no puedo estar tomando té negro ahora, luego rojo, luego... La tensión y la diabetes -señala a la sacarina como si pidiese disculpas por permitir la entrada al salón al botecito de plástico blanco y azul.

Fina no le presta demasiada atención, tiene la cabeza intentando recordar al sirviente del doctor Frankenstein; un lacayo que oculta y protege a su señor de curiosos y perseguidores, y proporciona a éste las víctimas que necesita para definir su identidad de monstruo. El de Frankenstein era Igor, y lo recuerda, por

una película, con una chepa que cambiaba de lado. La evocación de una secuencia le provocan ganas de sonreír, pero éstas desaparecen cuando piensa en el sirviente de Drácula: Renfield, que acabaría sus días como paciente de un hospital psiquiátrico, sensible y violento a la vez. El conde arrancaría su vida cuando comenzó a hablar de más y a dar pistas sobre él. No puede evitar pensar en la lucha de Aveva contra la servidumbre de las costumbres que su madre le ha querido imponer durante toda la vida: haz una carrera y búscate un hombre de provecho; piensa también en el abogado, que disfruta de una vida de rey a cambio de salvaguardar la libertad y los secretos del sanguinario clan; en ella y su obligación de hacer méritos en una profesión plagada de machismo; y en el patán de Lanza, que próximo al fin de su carrera profesional, al contrario que el resto, aparenta tener pocas servidumbres.

Observa el clavicordio, una pieza de coleccionista; los detalles del mismo y toda la decoración vienen a confesar la economía resuelta que el psiquiatra quiso trocar por la compañía de Aveva. También ha examinado las cuentas bancarias, y aparecen saneadas; es posible, además, que la venta de algún libro le haya dado liquidez para hacer de aprendiz de coleccionista; también es muy probable que las consultas cobradas en efectivo no las declare y se haya dedicado a pulirse ese dinero en rastros y anticuarios. Y admite con un escalofrío que su relación con el abogado de mafiosos puede que le sea muy rentable.

- Lo tocaba Aveva, y muy bien -el psiquiatra interrumpe la evaluación de la capacidad económica en la que se han embarcado sus pensamientos-. Lo tocaba y lo toca.

- ¿No decía que no le permitieron...? - Fina no termina por formular la pregunta.

- Sí, ya sé, le habrá contado que su madre no le permitió estudiar en el conservatorio y que cuando terminó económicas se compró una flauta para impedir darle el gusto a su madre de que le comprase un piano. Y todo es cierto, pero lo que no sabrá es que venía aquí a tocar... -Fina entrecierra un ojo calibrando lo que escucha-; tocaba el clavicordio, también conocido como clave, precursor del piano.

- Sí, sí, medio intuía esa disquisición: de esa manera, Aveva cumplía las órdenes de su madre y no tocaba el piano, sino un instrumento similar, el precursor. Pero lo que me preguntaba es si ese clave fue el origen de la "dolencia mental" de Aveva.

- Ya le dije que Aveva tenía... tiene una mente privilegiada: forma parte de la élite del club Mensa, un club para superdotados, pero claro, eso no

significa necesariamente un camino de rosas, al contrario, de pequeña tenía un gran déficit de atención, y ese fue el motivo por el que vino a mi consulta.

- ¿Tenía ya el clave?

Por cómo le muestra el brillo del diente de oro, la pregunta ha sido del agrado del psiquiatra, que se rasca las comisuras con gesto reflexivo.

- Es usted muy perspicaz -admite asintiendo y señalándola con el dedo, en su característico gesto, como si fuese un bastón de mando; baja la mirada y la pierde en los arabescos de la mesa para tomarse unos segundos en los que se ha olvidado de pestañear.

- Me inclino a considerar que no tenía el clave; que la madre le negó el piano, Aveva se lo contó en una de las consultas, y en la siguiente consulta que le visitó, ¡sorpresa!, ya tenía el clave. Sería un secreto entre una adolescente y un hombre que comenzaba a albergar una idea de futuro con ella.

La mirada severa con la que él responde se torna en un cabecear a ambos lados como si de esta forma viniera a admitir que no ha estado lejos, pero no ha terminado de acertar en el centro de la diana. Inspecciona el interior de las diferentes teteras, trayendo con la mano el vapor que humea al descubrirlas.

- Comienzan a estar en su punto; dígame si le sirvo o prefiere hacerlo usted.

- Lo hago yo, no se preocupe.

El psiquiatra se sirve pequeñas cantidades de cada tetera, invitándola a que haga lo propio y compare los sabores y sensaciones que cada té proporciona.

- Como le decía, una aberración para los puristas, que lo calificarían como un juego de niños que reclaman el popurrí de sabores para sus necios paladares.

- No, prefiero uno normalito; ¿éste es negro?

- En efecto. Además de perspicaz, tiene buen olfato.

- Qué va, en realidad soy uno de esos niños de paladar bruto, pero resulta que diariamente lo tomo, así que estoy entrenada a su olor.

Se dan unos segundos de tregua en los que Fina se deja querer por el calor que desprende el vaso, y hace rodar el mismo por sus palmas para sentir la quemazón. Él ha detenido el ritual para dedicar su paladar a uno que destila un aroma a vainilla.

- Este es el segundo salón de la casa -viene a contarle-: las visitas las recibo en el otro salón; y aquí sólo se accede si la invito y, obviamente, si la puerta está abierta; además, mandé insonorizarla para que ningún vecino pudiera quejarse por el sonido del clave.

- O sea, que ha podido estar tocando durante años sin que nadie lo supiera.

- Cierto.

- ¿Y nadie reparó en el metrónomo?

- ¡Ah, ah! -vuelve a apuntar hacia ella el dedo que cimbreo con entusiasmo-. Muy buena observadora, pero debe tener cuidado para no dejarse llevar por el peso de lo obvio. Espere un momento.

Se levanta ágilmente y sale de la habitación, dejándola con la duda de lo que habrá querido decir y en compañía del silencio de las macizas cristaleras y sus cálidos visillos. Regresa al poco con el metrónomo; advierte una cierta excitación en los movimientos, como quien se apura para llegar a tiempo a una cita o acaba de recordar un dato importante. Lo acciona y comienza un cadencioso y preciso tac tac tac.

- Le decía que no debe dejarse deslumbrar por lo obvio. El LSD, pongamos un ejemplo, es una droga maldita de efectos perniciosos, pero en realidad es como el veneno: depende de la dosis, de manera que si se toma en la medida justa y bajo control médico es útil, valioso y en absoluto peligroso, pero como digo, todo dependen de la dosis. Su capacidad para estimular la psique lo convierte en un instrumento único para el psicoanálisis porque hace aflorar sentimientos y sensaciones que están en niveles profundos del subconsciente y ayudan a profundizar y a que el paciente adquiera conciencia de sus problemas en su verdadera significación.

- ¿Lo ha puesto usted en práctica?

Aunque no era su intención, la pregunta termina por sonar algo parecido a si se lo había administrado a Aveva. Al hacerlo, toma conciencia de que en aquel salón, acorazado e insonorizado, podría ocurrir cualquier cosa y nadie se enteraría, salvo Asun y su hombruna naturaleza.

- Inspectora -sonríe al apelar a su cargo-, yo sólo quería decir que es necesaria una preparación especial para que un ensayo con LSD se convierta en una experiencia razonable.

- ¿Ha practicado usted experiencias razonables con Aveva? -termina por preguntar directa, sin atisbo de vacilación.

Se toma su tiempo tras encajar con una mueca de sorpresa la pregunta. El tac tac tac del metrónomo hace evidente el poder del silencio. Los rayos del sol caldean la estancia, los visillos tamizan la luz de manera casi íntima. Se siente muy comfortable.

- No es mi especialidad, se lo puedo asegurar. Pero no nos desviemos del



mensaje que le quería transmitir: dejarse llevar por lo obvio es... puede ser el camino más fácil, pero también puede ser el camino más largo y quizás erróneo.

Fina queda pendiente de las explicaciones, aunque tampoco le importa que no se las facilite. Le reconforta la consistencia implacable del tac tac tac, y el psiquiatra parece adivinarlo.

- ¿A dónde quiere llegar? -termina la pregunta con un bostezo.

- Rebobine la secuencia de acontecimientos desde que ha entrado en esta casa.

Tac tac tac. No le apetece hacerlo. Lo que querría, en realidad, sería que la dejase en paz, que la dejase sola en la estancia.

- Me arriesgaré a hacerlo yo mismo; corríjame, por favor, si me equivoco. Bien, seguro que mi asistenta le habrá sorprendido: a todo el mundo le resulta chocante su aspecto; es una mujer grande y fuerte. Luego ha venido la espera: cuando heredé la casa quise que la misma fuese una isla, para lo que tuve que hacer algunas reformas. Es único este silencio, ¿verdad? -pregunta de forma retórica, sin esperar respuesta alguna-. Su innata curiosidad ha ido anotando cuanto veía: la decoración, la distribución de la casa, los colores, incluso los olores. Creo que tiene una muy buena retentiva; dudo si tendrá memoria fotográfica. El caso es que el metrónomo, a pesar de estar en la estantería que antecede a este salón, ha sido un objeto que ha anotado en su mente, de manera que cuando hemos hablado sobre Aveva y el clave, de forma lógica y... previsible, ha preguntado si no sería un elemento que delataría la presencia de un teclado dentro de casa: puede -concede verosimilitud a esa posibilidad cabeceando hacia ambos lados-, pero no deja de ser sino una posibilidad "obvia" -recalca-, debido a la ubicación del metrónomo. Si el mismo hubiese estado en este despacho que, como le he dicho y ha podido comprobar, es inaccesible, salvo que yo lo autorice, no hubiese considerado esa posibilidad. Si me lo permite, creo que se dejó llevar por la obviedad.

Deja paso al ta tac tac. No sabe interpretar Fina si le ha dejado tiempo para que recapacite sobre lo dicho o acaso, incluso, si es a modo de reprimenda, pero le da lo mismo. Tac tac tac.

- Eso dio pie a que saliese de la sala para ir a por el metrónomo; una vez he regresado con él, no ha supuesto nada de extraordinario el que lo accionase y esté acompañándonos en nuestra conversación. Era, si me lo permite nuevamente, una posibilidad casi obvia, ¿verdad?: llego con el aparato para recompensar su perspicacia, y como premio lo acciono. Y usted, poco a poco, deja que el matemático sonido que emite marque el ritmo de sus pensamientos.

Fina deja el vaso de té sobre la mesa; se da cuenta que lo ha depositado en uno de los "tac" del metrónomo: efectivamente, ha acompasado su ritmo. Se sonríe por ello. Aunque no le apetece, decide replicarle.

- Y aquí estoy, esperando averiguar hasta dónde quiere llegar con esa historia sobre lo obvio.

A pesar de que el envite que le arroja pretende transmitir una actitud dominante, evoca la sensación que ha tenido antes de llegar a la casa, y lo hace con convencimiento: ha ido recorriendo una senda prediseñada: Elliot, el abogado del clan, el sibilino psiquiatra. Una senda obvia.

- Parece como si le cansase mi historia...

- Perdone, no he querido decir eso, pero sí le agradecería algo más de concreción.

- Intentaré acortar mi discurso sobre la obviedad de las cosas -el fulgor de sus ojillos parece avisar de una euforia retenida-. Imagínese que, como le he dicho, esperaba que uno de estos días me visitase: de manera consecuente, le preparo un recibimiento con un tour por la casa como el que le he descrito; el silencio de la sala, la calidez, el ritmo del metrónomo la sumen en un estado de relajación; la conversación, además, llena de rodeos, ayudan a que entre en un estado de somnolencia.

- ¿Me está queriendo hipnotizar?

- Imagínese que realizamos un ensayo que nos permita tener una experiencia razonable.

- ¿Con el LSD? ¿Para qué me querría drogar?

- ¿No sería una forma de hacerle ver que Aveva no es culpable de actuar bajo un estado que impedía tener dominio de la voluntad?

- ¿Un estado provocado por usted?

- Claro que no, pero sí bajo los efectos del LSD.

- ¿Y cómo me habría drogado? He bebido el mismo té que usted y según he leído, no tiene antídoto, por lo que usted también estaría bajo los mismos efectos.

- Usted es muy golosa y se suele servir las infusiones con bastante azúcar. Bastarían unas cuantas gotas en los terrones. Pocas, y comenzaría a sentirse relajada, a dejar que su mente fluyese, a...

- ¿A tener una experiencia positiva?

- Exacto -el bastón de mando de su dedo la señala cadencioso, pero con vigor.

- Pero de ahí a la anulación de la voluntad hay un salto.

- Por supuesto, no se me ocurriría con un representante de la ley, de manera deliberada... Pero creo que sería defendible y comprensible que sufriese una pequeña intoxicación de forma accidental: imagine que en uno de mis experimentos, mientras me tomaba el té en el laboratorio, se vertió accidentalmente una pequeña probeta en el azucarero. Y, dada la poca cantidad vertida, me pasó desapercibido; o pongamos que me di cuenta y ordené a Asun que tirase los terrones, pero que a ésta se le olvidase. Además, esa pequeña dosis tampoco daría lugar a un comportamiento muy anómalo, pudiendo ser confundidos sus síntomas con un achispamiento. De esta forma, fíjese, el control de la voluntad quedaría reducido a una distancia medible en unos pocos terrones de azúcar.

Fina cae en la cuenta de que, conforme ha ido sirviéndose las diferentes clases de té, animada a ello por su anfitrión, ha tomado varios terrones de azúcar; el psiquiatra, en cambio, se ha excusado con la tensión y la diabetes para edulcorar su bebida con la sacarina del grotesco envase de plástico. Seguramente la vio en comisaría sirviéndose té, siempre tan cargado de azúcar. O quizás el patán de Lanza le ha soltado toda la información sobre ella. Piensa en Renfield, el sirviente de Drácula; al hacerlo no puede evitar pensar en Asun: abnegados sirvientes aun en los actos más oscuros. Emerge de la sonrisa del psiquiatra el brillo dorado del diente, que parece tener más intensidad, como si lo hubiese pulido relamiéndose... El próximo día tendría que pedirle un raspado de los dientes; es posible que tenga restos en alguna oquedad que condujesen a la pierna devorada, quién sabe... Concentra en el clavicordio su mirada y pensamiento; quizás así consiga parar el fluir de su mente, que parece cabalgar en todas direcciones. ¿Será todo producto de su imaginación tras haber escuchado al psiquiatra? No quiere admitirlo, pero quizás tan sólo la separa de lo razonable otro terrón de azúcar, suficiente para abandonar por completo el control de sí misma.

- No soy un virtuoso, pero no se me da mal.

Se sorprende cuando su anfitrión se levanta y se dirige al clavicordio. ¿Qué cara le habrá puesto para que acate como orden lo que tan sólo era una escapatoria del abrasador brillo del diente de oro?

Ha cogido el metrónomo y ahora se encuentra llamando por teléfono o algo parecido.

- Tráenos unas pastas, Asun, pero sé silenciosa como tú sabes, que voy a tocar un poco -se vuelve hacia Fina y a la cara de extrañeza que le debe estar poniendo, le aclara- es un intercomunicador, muy útil para no tener que salir en

mitad de una sesión.

Y Asun, la mujer hombruna, entrará en la sala armada con precisos y silenciosos movimientos. Quizás, como las criaturas del príncipe de las tinieblas, se desplace sigilosa pegada al techo y, con la cabeza vuelta, vigile acechante para abalanzarse sobre las visitas. Piensa y se asusta por el silencio que se cierne. Éste cede de forma abrupta ante la impetuosa melodía de sonoridad extraña. No, no resulta ser tétrica ni anunciar la llegada de Nosferatu, pero parece pretender crear un clima contradictorio: de un lado, lo cadencioso de su ritmo invita a relajarse y sumirse en una placentera ensoñación, pero por otro, la atípica melodía le desconcierta.

- Es de Erik Satie -le aclara el psiquiatra-: el rey de los silencios, la anarquía, la humildad. Y lo que escucha es la primera Gnossienne: un término acuñado por su creador para un nuevo tipo de composición. No se sabe muy bien si quería aludir al mito de Teseo, Ariadna y el Minotauro, o simplemente era un guiño a las sectas gnósticas que frecuentó, lo mismo que Mozart y la masonería.

La erudición siempre le ha parecido el sortilegio de los débiles; en este caso, además, la encuentra maligna, como Asun, que vigila tras ella: ha sentido los ojos enrojecidos, el rocío de los anhelantes colmillos. Sus pisadas no se oyen. ¿Acaso se desplaza sin pisar el suelo?

Asun, silenciosa, se inclina sobre la mesa y deja las pastas sin hacer ruido alguno; a pesar de que el movimiento ha sido rápido, tan pronto la ha visto inclinada, tan pronto se ha erguido. Le dedica una sonrisa amistosa, de agradecimiento, pero la sirvienta la ignora, como si así transmitiese que carece de interés como presa, pero no se fía. La sigue con el rabillo del ojo hasta que la pierde de su campo de visión; quiere girarse con disimulo para asegurarse de que sale de la habitación, pero en ese momento Íñigo vuelve a la carga.

- Fíjese, fíjese de lo que es capaz un silencio -alarga los silencios entre cada nota de la melodía-. ¿Sabía usted que Héctor Berlioz compuso la Sinfonía Fantástica en pleno éxtasis de opio? El amor no correspondido de su amada le llevó al delirio, a la pérdida del control, a un aquelarre, a una celebración demoníaca. Las campanas de la muerte mezclándose con la danza. Una forma sublime de orquestar el Totentanz de List... Divago, perdóneme. A pesar de todo, le puedo asegurar que tuvo un final feliz, una sinfonía histórica... y a la dama.

El silencio la aturde, y las palabras de él amasan su consciencia; con todo, en otro prolongado silencio, y haciendo acopio de toda la serenidad que puede, consigue decir:

- Ya, me quiere decir que tuvo una experiencia positiva.

El clavicordio debe ser un instrumento satánico, sin duda. El psiquiatra vuelve a la carga, está poseído, ahora machaca las teclas echando el peso de su nervioso cuerpo sobre ellas, y... -Fina gira el cuello-, ¡sí, la sirvienta está tras ella, lo sabía! Inmóvil, acechante, con los ojos cerrados, pero olfateando el miedo; ve con extraordinaria claridad el movimiento de las aletas de su nariz, los movimientos reflejos de los labios incapaces de contener la afilada dentadura; lo ve como si tuviese un zoom que le permite contemplar el detalle de la criatura infernal.

Suelta los últimos porrazos, y el psiquiatra se vuelve hacia ella portando el metrónomo tac tac tac. No se había fijado en la punzante punta, pero sin duda sería capaz de atravesarla.

- ¡Ayúdame, rápido! -ordena a la sirvienta.

Ésta, silenciosa, obedece la voz de su amo. Debe reaccionar, pero se siente terriblemente pesada. Intenta coger la pistola con sus torpes manos que la dejan caer bajo el sofá; de todas formas, no hubiese sido efectiva. ¡Una estaca, una estaca podrá con estas criaturas! Es su única oportunidad, y con ese pensamiento consigue impulsarse lanzando un grito que le sale del estómago. Salta por detrás del respaldo esquivando con agilidad a la obediente sirvienta, que se ha visto sorprendida; aún y con ello, le lanza un jarrón que estalla a su lado. El psiquiatra reacciona cuando la ve dirigirse hacia el clavicordio, su reliquia; ha debido adivinar su pensamiento: el bastidor que sujeta la cubierta del clavicordio, una vez lo arranque, será una estaca perfecta.

Se abalanza hacia el instrumento, pero ¿cómo ha conseguido llegar antes él? La espera con el afilado y reluciente metrónomo; el colmillo de oro muestra un brillo húmedo tras relamerse. Tiene tiempo para rectificar la trayectoria, pero no puede evitar tropezar con la alfombra sobre la que descansa el clavicordio. Está a los pies de él, y la sirvienta se apresura para sujetarla con su hombruna fuerza, el ser vampiresco se abalanza sobre ella, la van a degollar, grita, grita.

Han pasado dos días desde que Fina experimentó un viaje increíble a los dominios del conde Drácula. Aún tiene algún momento de trance pasajero en el que sus sentidos se desencajan de la realidad y termina por ver y oír cosas que sólo suceden en su mente: alucinaciones, le advirtieron en el hospital, pero ella prefiere llamarlo un "desacople de sus sentidos". Este desacople ha resultado ser una demostración convincente de que cualquiera puede sucumbir a la hipnosis, a la sugestión y a su mezcla con la droga. Pero la "experiencia positiva" que buscaba el psiquiatra a través de sus heterodoxos métodos no ha sido la causa de la inminente liberación de Aveva, sino el hallazgo de la cabeza en la finca de su propiedad, situada en las afueras del mismo pueblo de Asun. El abogado ha reaccionado rápido y se espera que el juez ordene la libertad en breve.

A pesar de los "desacoples de los sentidos" que todavía padece Fina, ha preferido reincorporarse al trabajo: está todo en caliente y no es momento de tomarse siquiera un día de convalecencia justo cuando comienzan a precipitarse acontecimientos de vital importancia.

- Debo darte la razón -admite el comisario Martín- y hasta pedirte disculpas por no haber prestado la suficiente atención al caso.

- Soy yo la que debe daros las gracias por vuestra aparición, y a ti por haber creído en mi plan.

Cuando Fina tropezó con la alfombra, y tendida a los pies de Íñigo comenzó a gritar ante el temor de que el vampírico psiquiatra y la sirvienta la degollasen, Martín y sus hombres irrumpieron en la casa. Aunque el psiquiatra y la asistenta declararon que intentaban asistirle para ayudarla a levantarse, el incidente permitió a Martín obtener una orden de registro de las propiedades de estos, tal y como había planeado con Fina antes de acudir al domicilio del psiquiatra; y fue en el congelador de la casa del pueblo de éste donde tuvo lugar el hallazgo de la cabeza del director del nuevo hospital.

- Todo ha acontecido como preveías, y si te digo la verdad, no las tenía todas conmigo; y todavía me parece increíble que se lo cargase por unos artículos... Una suerte que estés en la universidad y estés al tanto de cómo funciona el mundo académico.

- Unos artículos... y su contraprestación, no lo olvidemos: el jefe de Íñigo prejubila a éste, pero le embauca para que escriba los artículos que el director del nuevo complejo hospitalario presentará en revistas científicas y congresos internacionales; a cambio, le habría prometido nombrar a Íñigo jefe del equipo

de psiquiatría... Y supongo que Íñigo se impacientaría por el nombramiento, que no mantendría la promesa, cambiaría de opinión... a saber lo que realmente ocurrió.

- A saber... -suspira con preocupación Martín- pero aunque las pruebas apuntan a la culpabilidad del psiquiatra, le salva que su sirvienta da cobertura a la coartada de él: por lo visto ella duerme en un dormitorio junto a la entrada y cualquier movimiento lo controla, de manera que asegura que es imposible que dejase la casa y luego entrase sin que ella se diese cuenta.

- Junto a la puerta, como un guardián... -masculla.

- ¿Cómo dices?

- No, nada. Si consigo que confiese, ¿apoyarás mi promoción?

Él vacila sorprendido: hasta el día anterior ella aún navegaba en mundos más allá de lo onírico, y al siguiente recobra la mordiente con la que se mueve en la comisaría desde el primer día que la pisó.

- Si es culpable, te apoyaré -asiente para reforzar su compromiso.

A ella no le vale el cabeceo y le extiende la mano para cerrar el trato. Él la estrecha con un apretón que provoca que ella levante el mentón y apriete los labios.

En el encuentro con Asun tiene un ligero desacople de los sentidos, de manera que por un momento contempla a Renfield, y se pregunta si, como el vil sirviente, flaqueará como lo hizo hablando más de la cuenta sobre su amo antes de que éste lo liquidase. Reacoplados los sentidos, Fina hace una narración pormenorizada de todo lo acontecido en el caso, retratando los detalles más escabrosos. Le habla también de la extraña relación con el abogado de los mafiosos y sus sucios negocios, a sabiendas de lo sensible que resulta el tema de la droga para ella, que perdió un hijo en un ajuste de cuentas. Le muestra el informe médico que reseña la dosis y los efectos que Fina ha sufrido.

- Piénselo, usted estaba presente, y yo debo declarar cuál era su participación. Aún no lo tengo del todo claro, debo meditarlo esta tarde. Puede que declare que cuando me vio delirando acudió en mi auxilio. ¿O puede que me estuviese sujetando para ayudar a que Íñigo me drogase? El examen médico así lo dice. La declararían cómplice y terminaría en la cárcel con él. Me tomaré la tarde para reflexionar y mañana me dice. Por cierto, ¿está segura de que no pudo quedarse profundamente dormida aquella noche? Puede que tuviese una jaqueca terrible y se tomase unas pastillas para dormir, o quizás fue de visita al pueblo. Sería una pena que si finalmente la condenasen, la declararían a usted cómplice

de asesinato, canibalismo y... ¿narcotráfico?

Como esperaba, a pesar de su recio aspecto, su naturaleza era la de una mujer bruta, pero con buena voluntad, temerosa de las leyes, del castigo, del qué dirán en el pueblo: ¿la Asun metida en la droga, como el hijo? Al día siguiente no necesitó más que medio minuto para confesar:

- Las fechas *se me bailan*, pero creo que aquella noche estaba en el pueblo. No me acuerdo.



Transcurridos tres meses, Fina está pendiente de recibir su nuevo destino como inspectora jefe. Le apetece el cambio después de que Martín apoyase su promoción. Tiene claro que no lo volverá a hacer hasta que transcurra un tiempo, para ella demasiado, así que es el momento de buscar nuevos horizontes.

Aunque al principio se mostró renuente, ha conseguido quedar con Aveva en un bar cercano a la Playa de las Moreras, con fama de servir de los mejores caldos de la ciudad. La encuentra con una copa de vino: una buena forma de entrar en calor y activar la mañana, pero es horario de oficina, y quedar precisamente frente al lugar donde encontraron el cadáver... Interpreta que la puesta en escena es una demostración de fuerza, la que siempre cree que ha tenido a pesar de los papeles de indefensión y fragilidad que ha interpretado. Ya lo decía Íñigo, que era una mente superior. El cuarto menguante de la luna, visible a plena luz, parecen confabularse con una mujer fuera de las reglas convencionales. El saludo que le dedica es una mano que apunta a la silla que hay frente a la de ella. Los acerados ojos evitan el contacto visual, pero Fina tiene la impresión de que está interpretando otro papel.

- Pensaba que la libertad la haría más comunicativa.

Aveva se sonríe al escucharla. No lo dice, pero reconoce que la imitación que Fina hace de su voz le ha salido mejor; con tiempo llegará a perfeccionarla.

- Sigo rodeada de la misma mediocridad -la frase es corta, pero como el primer violín, marca la nota para que el resto de los instrumentos de la orquesta pueda afinarse-. Gente con sus recetitas, su fútbol, sus vacaciones en familia, dónde comprar pañales de oferta, los restaurantes de carretera que descubren los fines de semana y en los que por nueve euros comen todo lo que quieren... La vida sigue, inspectora.

- Sí, la vida sigue -replica modulando la voz según la nota del primer violín-; precisamente por eso quería verla... quería despedirme: me trasladan.

La misma mirada inmutable que parece diseñada para taladrar las pupilas. Fina no es capaz de adivinar si la ha sorprendido, si ya lo sabía o si le da exactamente lo mismo.

- ¿Debo felicitarla? -dice al fin, dando sentido a las silenciosas cavilaciones.

- Es usted muy perspicaz -dice imitando a Íñigo y apuntándola con el dedo.

Aveva le sonríe reconociendo que la respuesta ha estado a la altura de su

pregunta. Por un momento a Fina se le ocurre que es una pena que se marche de la ciudad ahora que parece ser capaz de conectar con tan extraña criatura.

- ¿Y ha sido honesta para conseguir su promoción?

Nuevamente Fina se ve sorprendida por lo incisiva que se muestra; se siente a prueba, analizada.

- He hecho mi trabajo: resuelvo casos -intenta transmitir tranquilidad, pero su voz delata que su interior está agitado.

- Sí, claro, "se dedica a eso" -dice con un retintín irónico y de reproche a la vez, quizás a causa de un punto narcisista que cree aflora en Aveva.

No se le escapa una, piensa Fina, aunque es posible que le hubiese informado el abogado o incluso la propia Asun; al fin y al cabo, la ha debido ver crecer desde que comenzó a acudir a la consulta del psiquiatra a tocar el clavicordio.

- ¿Qué es lo que no le ha gustado de lo acontecido? ¿Que Asun perdiese su trabajo? ¿Que a mí me promocionen?

- Por Asun no me preocupo: ha sido una mujer ahorradora y aun estando Íñigo en la cárcel por no apoyarle en la coartada, sé que éste se ocupará de ella. Lo de usted o lo de cualquiera que hubiese resuelto un caso tan mediático, es normal que reciba algún tipo de distinción o impulso en su carrera. Por lo demás, todo ha salido como debía salir.

Fina se agarra el puente de la nariz, como si así evitase que los pensamientos se diluyesen por las fosas. Nuevamente ha detectado el narcisismo de Aveva: se inclina a considerar que es superior a ella, la puede. O quizás, de manera deliberada, está dejando migas para que las recoja y le pregunte.

- No termino de entender si se refiere a que esperaba que encontrásemos la cabeza en el congelador de Íñigo.

- Un encomio de sagacidad.

- No se burle, siquiera es un error, es un cartel que grita: ¡soy culpable!

- Con todo, a usted le ha sido suficiente para inculpar a Íñigo.

- Es un móvil que ha resultado suficiente; cuando salga el juicio, la cabeza en el congelador y la ausencia de coartada sin el testimonio de Asun, le condenarán.

- Celebro que cierren el caso de forma sólida.

- La encuentro especialmente "ágil" esta mañana -se da dos toquitos en el corazón, como dolida por la mordacidad de Aveva-. Pero no le he respondido a si esperaba que encontrásemos la cabeza, ¿verdad?

Entrelaza las manos y apoya sobre ellas la barbilla, como si estuviese en

la ventanilla de un confesionario. Al no obtener comentario de Aveva, prosigue:

- Tengo mi teoría. Por supuesto que, de acertar... o aproximarme no creo que me la confirme, pero ¿le apetece escucharla?

- Tengo prisa, inspectora, no quiero con ello desmerecer su capacidad deductiva, pero entenderá que no me interesa lo más mínimo.

Aveva comienza a levantarse y no volverá a sentarse con ella a no ser que sea con una orden de detención, por lo que debe ser certera.

- Íñigo lo sabe, ¿verdad?

Se detiene como si una mano invisible la hubiese agarrado del codo. Acepta sentarse silenciosa.

- Íñigo sería capaz de perdonarme incluso que le declarasen culpable sin serlo, pero cuánto más si la culpa anida en su mente -apunta con un dedo y mano lánguidas entre su cabeza y el techo.

Fina se encuentra en el trance de encontrar las palabras adecuadas para decirle lo que quiere sin provocar la huida de Aveva.

- Me pregunto si tan grande es la culpa que siente.

- Esperaba que tuviese una teoría que explicase todo, incluida esa culpa.

- Tengo algo, pero tendrá que ayudarme a completarla.

Que permanezca impávida lo interpreta como el silencio administrativo que da por admitida la solicitud.

- Es una idea muy peregrina, aunque, pensándolo bien, quizás no tanto, habida cuenta de que mi ayudante fue hipnotizado por usted y ha venido haciéndome la puñeta desde entonces.

Obtiene el mismo silencio administrativo.

- Está grabado, pero no se preocupe, no forma parte de las pruebas del caso. Pero lo importante es que si fue capaz de hacerlo en pocos minutos, con jaleo y muchas distracciones alrededor, quizás no sea tan descabellado pensar que un buen día el pupilo, la pupila en este caso -usted-, superase al maestro y consiguiese someterle y hacerse con el control de su voluntad. Posiblemente también lo hiciese con la pobre Asun, y quién sabe con quién más. Si aceptamos esta posibilidad que, como digo, no la veo tan descabellada, podemos fantasear con un ejército de sicarios aquí y allá obedeciendo sus órdenes.

Aveva le dedica una cara mitad incredulidad con la que quiere exculpase, mitad jocosa que parece divertirse con lo que escucha.

- Suena de película, ya -admite empatizando con Aveva-. Pero no nos desviemos del tema, olvidémonos de ese ejército de voluntades controladas y quedémonos con una idea más humilde. Supongamos que únicamente ha

ejercido ese control sobre los inquilinos de la casa. Eso le hubiese permitido ordenar a Íñigo y Asun que la ayudasen con el cuerpo: a decapitarlo, a echarlo al río, a cocer la pierna...

- Aunque diga que se trata de una idea humilde, dudo que se atreviese a exponer a sus superiores nada parecido: ¿mentes esclavizadas? Sí, suena de película.

- Pero como comentábamos, "me dedico a esto": a resolver casos.

- ¿Aun cuando el verdadero culpable pueda ser otro? ¿Qué dijo el jefe de Íñigo?

- Lo que era de esperar: que Íñigo le ofreció una colaboración puntual, nada más. Supongo que el abogado le visitaría y le aconsejaría, ¿no cree? -no obtiene respuesta de ella salvo la intimidatoria mirada-. Lo cierto, el dato objetivo -intenta transmitir pragmatismo-, es que tenemos la cabeza. Admito que cualquiera que no quisiera ser atrapado lo habría ocultado en otro lugar: no es un comportamiento muy normal, pero viniendo de Íñigo...

- ¿Y qué es un comportamiento normal? ¿Es lo normal lo bueno? -replica con un tono imperativo que parece molesto-. ¿La mayoría aborregada tiene siempre la razón? Inspector, el caso requiere algo más de una historia de buenos o malos.

- No podíamos estar más de acuerdo -le sonrío intentando disimular que ahora es ella quien se cree en ventaja; intenta ocultarlo adoptando una expresión despreocupada para no ponerla en sobre aviso, pero no lo consigue, y Aveva enjuta la mirada-, por eso quiero comentarle el móvil que se me ha ocurrido.

- Espero que esté a la altura del resto de la fantasía.

- Creo que sí: forma parte de ella. El caso es que desde el primer encuentro con Íñigo podría haberlo visto, pero me costó interpretar toda la información hasta que conocimos quién era realmente Íñigo y el abogado. Pero le cuento y dejo de lamentarme: estuve indagando en el trabajo de usted y en el entorno laboral de Íñigo; incluso revisé la posibilidad de que hubiesen tenido una relación cruzada, es decir, que usted tuviese relación con el jefe de Íñigo. Esta relación daba juego, pues Íñigo había sido prejubilado y parecía no estar muy contento, dado que albergaba la esperanza de ser nombrado jefe de la unidad de psiquiatría del nuevo hospital, pero tras unos días de incertidumbre, el jefe estaba vivo y coleando. ¿Quién iba a pensar que la víctima sería el futuro jefe del jefe de Íñigo, es decir, el director del nuevo hospital? Demasiados jefes, ¿verdad? Nos faltó esa pieza, que conocí tras indagar con profundidad a Íñigo, al abogado y al clan de los bosnios. Y créame que lo lamento porque algo me

chirrió desde el inicio: investigando a Íñigo comprobé que publicaba un artículo cada cinco o seis meses; por tanto, que llevase más de un año sin publicar era extraño, pero lo atribuí a que, como él mismo nos dijo, estaba escribiendo los artículos para su jefe. Pero lo curioso del caso, es que su jefe tampoco aparecía en ninguna publicación. Quise encontrar una explicación en el hecho de que el comité de revisión de las publicaciones internacionales, por lo general, es lento.

- Y según su fantasía, ¿qué papel tengo yo en todo eso?

- De papel, de papeles trata el asunto, de artículos y de prestigio. Hasta aquí, todo dentro de un orden: poco ético, pero legal si está bien pagado y compensado y no se trata de una usurpación de identidad o violación de la propiedad intelectual. Le decía que algo me chirriaba, y entonces caí en la cuenta: consideré que quizás ni Íñigo ni su jefe apareciesen con publicaciones porque quizás éste o ambos estaban haciendo, a su vez, de negro para otro. ¿Para quién? La respuesta la obtuve del último artículo publicado por el jefe de Íñigo, Lorenzo Ortigosa, en una revista internacional, y aparecía firmando como autor principal del artículo -Fina aguarda un instante-. ¿Se anima a completar la historia? -no aprecia intención-. Estás bien. Descubrí que Ortigosa había publicado un artículo con usted. Anteriormente a ese, comprobé que usted también había publicado en revistas del máximo nivel; averigüé que un buen día usted decide ocupar su privilegiada mente organizando la acción social del ayuntamiento, y resulta que no sólo lo hace bien sino que entra en un programa internacional, y las monografías y artículos que escribe se posicionan a nivel mundial, justo el prestigio que necesitaba Ortigosa como director del nuevo complejo hospitalario. ¿Sigo con la fantasía?

- Deduzco que insinúa que comencé a colaborar con el tal Ortigosa a través de la mediación de Íñigo y su jefe, pero que un buen día descubrí que había publicado artículos y monografías mías, atribuyéndose la autoría.

- Exacto: usted intentó que la reconociesen sin mucho éxito; recurrió a Íñigo, pero éste estaba más interesado en conseguir el puesto al frente del departamento de psiquiatría que de ayudarla, así que supongo le daría largas. Posiblemente llegase a hipnotizarlo para averiguar la verdad y descubrió que siquiera había intentado ayudarla; o puede que incluso lo enviase hipnotizado para intentar negociar a su favor, pero no obtuvo éxito.

- Y entonces, en venganza, según su fantasía, me cargo a Ortigosa y elaboro un complicado plan para hacer que Íñigo acabe entre rejas -Fina cabecea asintiendo-. Sinceramente, creo que sobreestima mis capacidades, pero debo reconocer que no había valorado, en justicia, su imaginación.

- Me temo que sus capacidades son aún más poderosas, dentro de la fantasía imaginada, claro -insiste en conferir a la conversación un contexto de intercambio de ideas, de imaginarias posibilidades para que Aveva no rehúya la conversación.

- Comienzo a estar ansiosa por escuchar el resto y así poder volver al trabajo.

- No la entretendré mucho más, se lo aseguro, pero me falta sólo una pieza y habré terminado de completar el puzle: la pieza del abogado y el sanguinario clan- no esperaba reacción por parte de ella, por lo que no se demora en buscar siquiera una inflexión en el parpadeo-. Créame que estuve algo despistada con la historia de Elliot, y al principio pensé que se trataba de Vojis el sanguinario, luego de Misael Glinka, Misa, el chico guapo del clan; aun sabiendo que la historia podía ser el resultado de una alucinación del LSD, o un trastorno de su mente -también consideramos esa posibilidad-, conforme pasaba el tiempo y usted nos iba guiando, la historia de Elliot y los limpiadores cobraba sentido y cada vez era más sólida. De esta manera, cuando averiguamos quién formaba parte del grupo inversor del nuevo complejo hospitalario, Elliot no podía ser otro que Ortigosa; y "los limpiadores", el clan. En definitiva, construyó una fábula sobre Elliot y los limpiadores para ponernos, de una forma muy sutil, en la pista del clan. Estos, viendo que se cargó a Ortigosa utilizando sus propios métodos, recibieron el mensaje y enviaron al abogado para negociar con usted. Claro, lógicamente todo esto nos pasó desapercibido; tan sólo nos quedamos en la superficie, en el currículum de su abogado y el tipo de clientes y casos que solía defender.

- ¿Y qué se supone que iban a negociar conmigo: la autoría de unos artículos?

- Aveva, no juegue a hacerse la despistada. Hemos descubierto que, además de la licitación, desde la alcaldía se recalificaron los terrenos para la edificación del complejo hospitalario, y estos procesos no suelen ser todo lo limpio que deberían ser.

Salvo por un pequeño hoyuelo burlón que se le marca en ambas mejillas, no muestra reacción.

- Me ha sorprendido su imaginación, la felicito nuevamente. Espero que tenga toda clase de éxitos en su nuevo destino.

Aveva no parece querer decir nada más. Las digresiones y desvaríos que sufría en los interrogatorios han desaparecido por completo. No puede ser más escueta y cortante. Hace amago de levantarse, pero Fina la interrumpe.

- ¿Cuáles son sus planes? -La mueca de Aveva hace entender que espera más información para interpretar lo que le ha preguntado, aunque seguro no la necesita-. Si "Elliot" hubiese sido honesto y hubiese incluido su nombre como autora de los artículos y monografías, él estaría vivo, y a usted seguramente se le hubiesen abierto las puertas de los organismos internacionales que a él se le abrieron aprovechándose del trabajo de usted; posiblemente, un entorno más apropiado para una mente como la suya. Pero es de suponer que habrá compensando estos contratiempos con una buena negociación con el abogado, que le habrá facilitado una cuenta en un paraíso fiscal, y que se irá con su hija a vivir fuera una vez pase un tiempo prudencial

- Lo dice con una seguridad que no puedo sino invitarla a que reabra la investigación.

- ¿Cree que es lo que esperan mis jefes, que me dedique a historias fantasiosas? Tengo que labrarme una carrera, tengo un caso resoluble y no tengo tiempo para dedicarme a batallas de ejércitos controlados por una mente superior. Esas fantasías mejor aquí, en un café, ¿no cree? Ya lo dijo usted antes, "me dedico a esto".